AÑO XXIV. — Nº 1179

EL DIA

MONTEVIDEO, AGOSTO 21 DE 1955

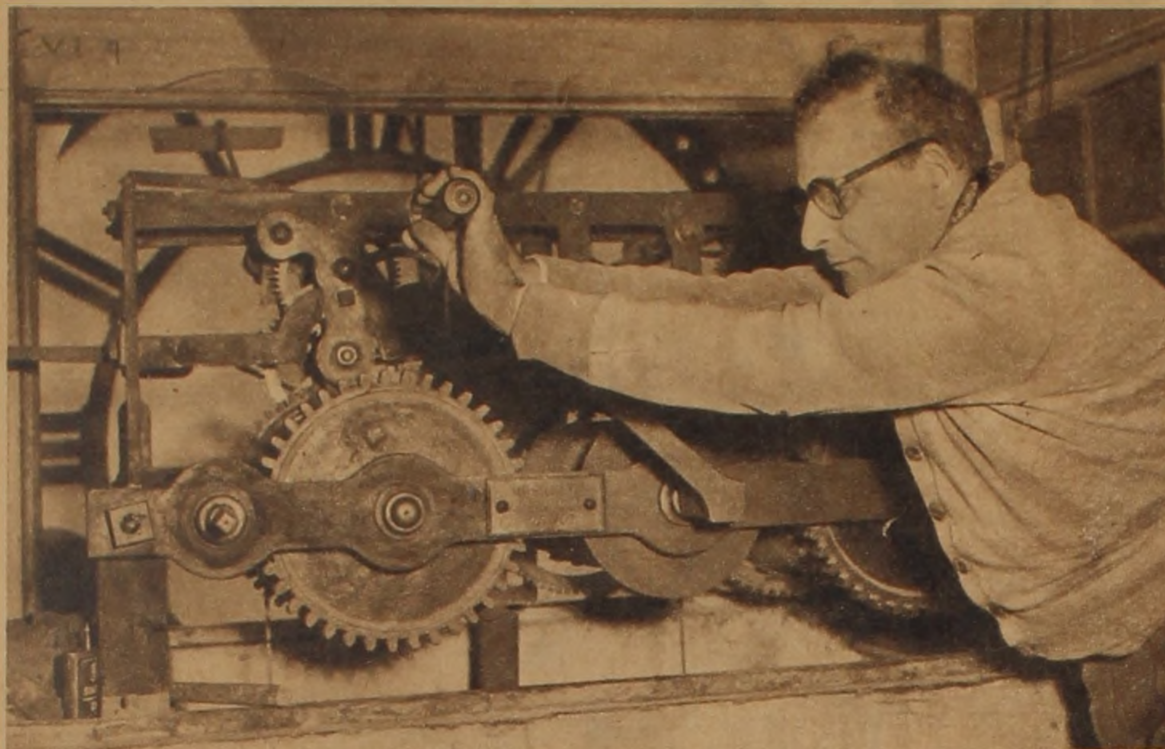
Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PLAZA CONSTITUCION

(Fotografía Juan Caruso)

Vista fotográfica tomada desde la torre del "reloj" de la catedral, que pronto será centenario. Adviértase la gracia y finura del dibujo que proporciona a la bella fuente el puntillado de los árboles, estilizando como en una obra de arte el aspecto de la histórica plaza.



Para dar cuerda al reloj de la catedral, hacen falta los dos brazos y toda la fuerza de un hombre.



Una vista parcial de la enorme esfera. Para tener una idea de sus proporciones bastará compararla con la talla del hombre.

El Reloj de la Catedral Pronto

SI a la generalidad de las gentes se les pide que enumeren algunas de las profesiones más intrincadas, difíciles y delicadas de nuestros días, es muy probable que casi todos coincidan en ubicar entre los primeros puestos la labor que llevan a cabo los expertos en relojería.

Para el profano, esta actividad es algo que requiere: la inevitable nacionalidad suiza, la minuciosa habilidad de un orfebre, la laboriosa paciencia de un investigador y hace pensar en implementos y utensilios tan frágiles para su manipuleo, certeros como el bisturí, o tan sutiles como los que se necesitarían para penetrar en el interior de un átomo de menos de cienmillonésimos de milímetros de diámetro y estudiar lo que allí pasa.

Sin embargo, las cosas parecen cambiar de aspecto, al menos en su apariencia formal, cuando se practica la relojería en gran escala o sea cuando se trata del mantenimiento y limpieza de relojes gigantes como el famoso Big Ben de las Cámaras del Parlamento británico o su compatriota del sur, radicado en la torre de la iglesia matriz de la ciudad de Montevideo, inglés por origen, pero uruguayo por nacionalización.

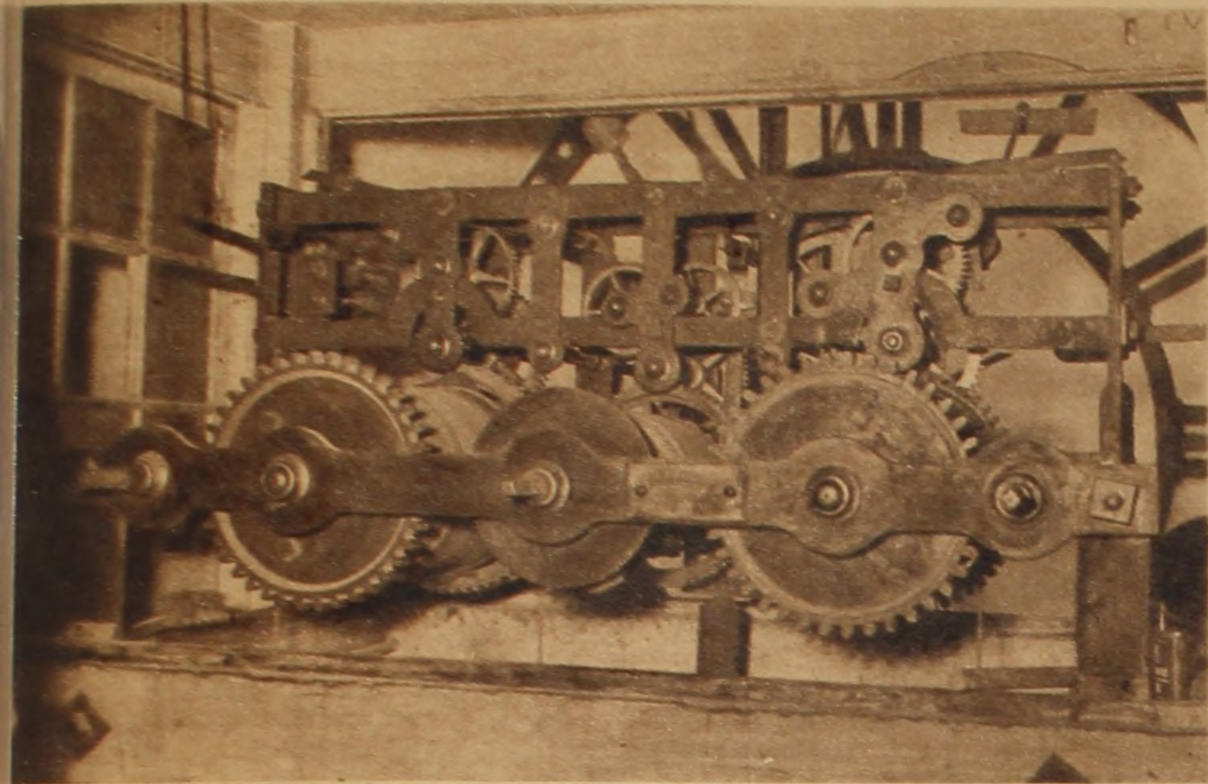
En el caso particular del funcionamiento del más grande de los relojes públicos montevideanos, que es al que vamos a referirnos especialmente, el sentido de fragilidad atribuído a los implementos de la profesión de relojero se constituye en parte en una verdadera elipsis. En primer término y contra lo que generalmente se cree, visto de cerca, el reloj de la catedral cobra proporciones elefantíasicas. Sus dos esferas esmeriladas, que miran una al naciente y otra al poniente de la urbe, miden 3 metros de diámetro cada una. El brazo del horario tiene 1 metro y medio de dimensión y pesa 10 kilogramos. El minutero recorre anualmente el equivalente a una distancia de 69 kilómetros. La pesa principal es de 200 kilogramos. El tambor de la hora, el de la marcha y el que administra los cuartos, arrollan 35 metros de cables de acero. Se le da cuerda con una manivela de hierro que extendida mediría un metro. Y para su limpieza de cojinetes, ruedas volantes y básculas, demanda el uso del balde y cepillo de la cocina común, la aceitera de las máquinas industriales y un equilibrio de volatinero de circo en el relojero que le preste servicios profesionales, expuestos naturalmen-



Reformas efectuadas en el frente de la catedral, privaron al reloj de figuras ornamentales como esta del dios Cronos, cuya guadaña simboliza la implacabilidad que pende sobre todo lo humano.



La esfera del reloj tiene 3 metros de diámetro. El brazo del horario pesa 10 kilogramos y el minutero recorre anualmente el equivalente a 69 kilómetros.



La gigantesca maquinaria combina tres mecanismos de relojería que permiten el movimiento de los brazos y el sonar de los cuartos y el de las horas. La chapa de identificación tiene las señas de las fábricas Roskell, de Liverpool.



Entre las arriesgadas tareas que exige el normal funcionamiento del reloj, figura el cuidado de los delicados dispositivos que hacen tocar las campanas y que son sumamente vulnerables al salitre y al yodo del mar.

Será Centenario

te a las posibles consecuencias traumáticas.

Cuando el hombre de la calle trata de curiosear en qué consiste la operación de darle cuerda al reloj de la catedral, necesita el ánimo suficiente como el requerido para salir de excursión por una zona escarpada. Para llegar a la altísima torre, el tortuoso y laberíntico itinerario a seguir por escaleras, pasadizos oscuros donde no se ve nada, tramos y más tramos de nuevas escalerillas inestables y complicados pasajes al aire libre sobre tramos cilíndricos y resbaladizos de la gran bóveda central de la iglesia Matriz, haría pensar a muchos imaginativos en la novelística de Notre Dame atribuida a Víctor Hugo. Y su relato será, sin duda, un exceso de inventiva para los escépticos que creen únicamente que para contralorear el tiempo universal sólo es necesario estirar el brazo medio dormidos en una deliciosa cama, para alcanzar el reloj luminoso de la mesita de noche.

El reloj de la catedral tiene una gigantesca combinación de relojería que mediante tres tambores distintos permite la movilidad de las agujas y el sonido correspondiente a las horas y a los cuartos.

Fue adquirido por un primitivo decreto de la Junta Económica Administrativa en las fábricas Roskell de Liverpool, a un costo aproximado de 370 libras esterlinas y empezó a funcionar por primera vez el 24 de diciembre de 1861. Por lo tanto, pronto será centenario.

Sin llegar al enfervorizado carácter tradicionalista de los ingleses, que cuando el Big Ben adelanta o atrasa unos segundos la noticia es publicada en la primera plana de los rotativos londinenses, el valor sentimental del reloj de la catedral es para los habitantes de la ciudad de un gran alcance nostálgico y emotivo. La época colonial vive todavía en el interior de la torre que cobija al reloj. Y no es de extrañar que, mirando desde allí, el Cabildo parezca un brumoso palacio que habitan fantasmas, y la fuente de azulada blancura de la plaza Matriz se rodee de opulentas damas vestidas a la antigua usanza española, que no caminan más que en el pensamiento.

Aunque el viejo reloj ha sido testigo de casi cien años de vida montevideana, a la que ha registrado isócronamente como un centinela implacable, indiferente a días aciagos o tiempos de gloria, hoy día sigue con minucioso interés los asuntos públicos.

En los años del decenio 1860 a 1870, cuando por primera vez comenzó a regir la danza de las horas del tiempo local, fueron sus ojos los que escudriñando a su alrededor encontraron una aldea mágica llamada Montevideo, que vivía aletargada en el sopor colonial y en medio del sofocante polvo estival. Aquel año la ciudad tenía una población de 58.000 almas. En esa misma época se producía la inauguración de la primera línea telegráfica a la ciudad de Buenos Aires; la implantación de la primera vía férrea, que iba de Montevideo al Durazno, y se efectuaba el suministro de aguas corrientes a la ciudad.

El teatro Solís, que se había inaugurado en 1856, cumplía con éxito las primeras temporadas. En la Unión funcionaba el salvaje y sangriento espectáculo de las corridas de toros. Y la ciudad contaba sólo con el exiguo número de 6 escuelas.

Desde su alta torre, el reloj de la catedral contempló en el mismo año de su adaptación al medio, la instalación de la primera panadería higiénica con amasijo a máquina y en 1866 presenció el arribo de la primera máquina de coser llegada de Nueva York y que ocasionaría con su escandaloso mecanismo, el asombro de los azorados montevideanos de la época.

No es difícil deducir que se estaba incubando allí la dubitativa era de las máquinas. Y las generaciones comenzaron entonces a sucederse sin reverencia para nadie. A todos marcó el reloj la hora de su alumbramiento y la de su muerte. Vio cómo crecían los niños, y sin melancolía presenció su vejez. Todo lo registró su pupila: las personas, los animales, los hechos y sus motivos, bonanza, revoluciones, el paso de pesadas carretas, gauchos taciturnos y también las tristes caravanas funerarias que salieron de la ciudad con las víctimas de la fiebre amarilla del 73 hacia los cementerios de extramuros, que quedaban no muy lejos del templo. Y así pasaron los inviernos y vinieron y llegaron nuevas primaveras a esta orilla del Plata donde la ciudad se hacía adulta.

El mismo fue víctima de los avatares del celoso tiempo que acompasa. La rechinante artillería de granizo de un temporal, le acribilló su esfera de vidrio que fue necesario reponer. Diferencias entre la Comuna y la curia acerca de quien debía correr con las erogaciones que imponían su funcionamiento, le produjeron una inmovilidad de brazos caídos que duró años. Su voz enmudeció y las agujas doradas quedaron marcando estérilmente la hora de su propia nada, hasta que la curia se hizo cargo definitivo de su custodia. Un día se le cayó una de las pesas. Otro, las reformas efectuadas en el frente de la catedral lo despojaron asimismo de algunas figuras mitologicas que le servían de ornamento. Una de ellas era la efigie del dios Cronos esculpida en la pared de la torre y que acicateado por la guadaña y la clepsidra invocaba la implacabilidad y lo inexorable.

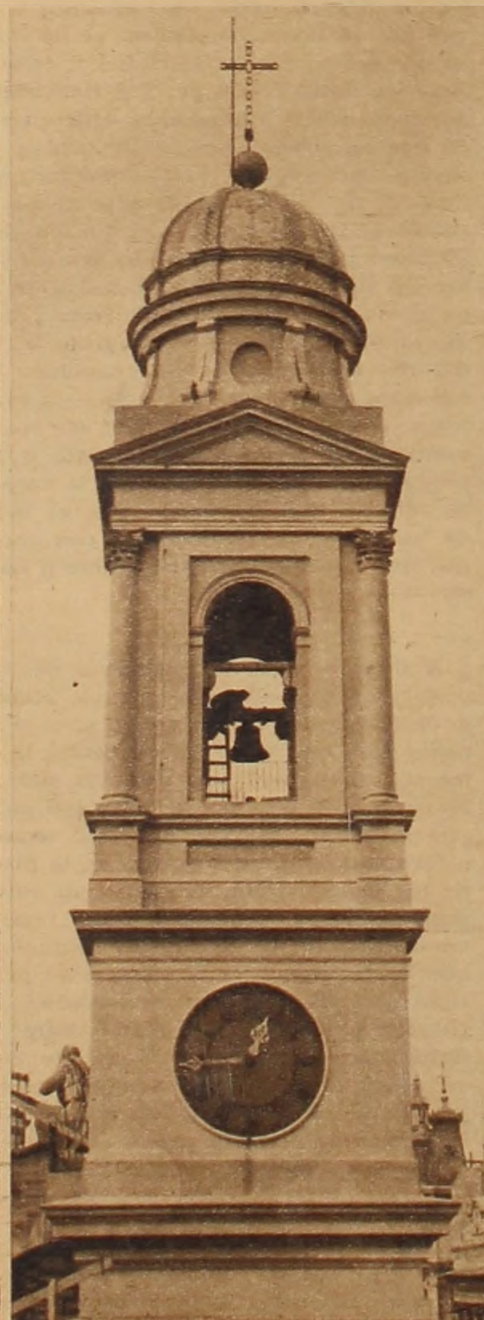
La operación de darle cuerda y vigilar su funcionamiento la realiza actualmente con gran habilidad el Sr. Nicolás Ursino, que está en el "metier" de atender al histórico reloj desde hace 25 años, cuando sustituyera al viejo relojero alemán que cumplía análogas tareas. El se encarga de visitarlo dos días por semana, demostrando su pericia profesional en su labor específica, al mismo tiempo que hace gala de un equilibrio ingénito al efectuar ascensiones que naturalmente no carecen de riesgo. Encuentra en la exactitud de las campanadas del venerable y casi centenario reloj, la más satisfactoria de las recompensas a los esfuerzos que hace por servirlo. No es muy difícil comprender que así sea.

J. R. CRAVEA.

Especial para EL DIA.



La torre del reloj vista desde la calle Sarandí. La gran esfera sigue atentamente el ritmo afiebrado de la urbe bajo la sombra del histórico Cabildo, por cuyas puertas vio desfilar tantos personajes.



Encaramado a una de las vigas de la altísima torre, el cuidador del reloj cumple con una de las fases de su labor.



Aspecto de palmas trimillizas. Abundan en los palmares de Castillos.



Africa a la vista. Pero no. Idéntico el rizado de la arena acariciada por la brisa, pero esta es tierra castillense cubierta por las avanzadas de las arenas atlánticas.

PALMARES DE CASTILLOS

LAS palmeras nos han modelado el espíritu desde nuestra infancia. Las evocamos ahora, aisladas, formando verdes estrellas en el paisaje de nuestra región, Valencia, resaltando sobre los techos de las barracas huertanas, desde Sagunto a Orihuela. Luego, en la adolescencia, las contemplamos formando bosques en las tierras de Elche y Crevillente. Algo original, inconfundible en el paisaje general de España, distinto éste a su vez del paisaje europeo.

Alicante, tierra de palmeras, las recibió de los conquistadores arábigos, o quien sabe si de los cartagineses, o más atrás aún, de los fenicios. Ese triángulo de tierra española que es Alicante, parece ahuecó su seno frente al mar para recibir el aliento del desierto africano, dando continuidad a un clima espiritual que expresa con las palmeras una sensualidad melancólica de tierra seca, mar dormido y cielo luminoso.

Pero además de estos imponderables sensitivos, las palmeras las sublimamos nosotros como símbolos de libertad. Ver un bosque de palmeras es divisar el ser único e indivisible de la persona vegetal, viviendo a la vez en comunidad hermana de millones de criaturas de la misma savia. La libertad que de las palmeras se desprende es brote de su duro esfuerzo para conservarse y reproducirse en tierra y clima inhóspito. Tierras sin agua, nutriéndose de vientos salinos, de rocíos y de sol. De ahí a la vez lo sabroso de su fruto, el dátil. Es un azúcar de sol, de brisa marinera y de relentes. Es la fruta más parecida, por su forma y jugo, al labio femenino.

Por estos antecedentes de evocación, el primer impacto que recibimos al situarnos frente a los palmares de Castillos fue de sorpresa y añoranza. No son iguales las palmeras de esta tierra mía de hoy, Castillos, de la tierra mía de siempre, Alicante, pero dan idéntica impresión ascendente liberadora. La misma fuerza distintiva de la individualidad, con idéntica convivencia comunicativa. Vimos estas palmeras de aquí, por primera vez, desde el avión. Eran como un infinito campo de verdes paracaidistas que hubieran quedado sobre la tierra, pies mutilados y al viento reposando la seda verde de las copas. Desde el cielo, vistas en vertical, las palmeras parecen dibujos infantiles, esos dibujos de los tres o cuatro años en los que no aparecen aún los elementos de enlace sino los volúmenes.

Pero contemplar la palmera desde el cielo es quitarle el fondo de su relieve, ese mismo cielo. Las palmeras hay que admirarlas hacia arriba, o en visión panorámica de horizonte, desde una colina allá, o sobre una cuchilla aquí, para verla a ella en su esencia personal o definirla en vivencia de multitud con el impulso telúrico de sus antepasados y su permanencia de futuro.

Las palmeras de Castillos están consideradas como de especie única, diferente a las del departamento de Paysandú y a las que por Misiones, Argentina, se introducen en Paraguay, siguen al Brasil y remontan América hasta el Caribe. Son fundamentalmente paisanas, campesinas. Queremos decir que no sirven para ornato urbano. Presentan siempre, incluso inmediatamente después de las lluvias, un aspecto polvoso, silvestre. No se prestan al tocado de los jardines. Las peina el viento, los años cortan sus flecos. Esta palma butiá no se aviene al manoseo civilizado. Su fruto presenta un sabor agridulce rústico, grato al paladar del hombre y de los chanchos. (Presumimos una sonrisa cachadora en los lectores, como si los chanchos no tuvieran también su derecho a la poesía y a las pencas de butiá, y en lo que a la economía se refiere, más provecho saca el hombre de los chanchos alimentados con coquitos que de su propia industria frente a las palmeras).

A diferencia de las palmeras de Africa y Alicante, que rebrotan en suelo areniscos, y descienden con sus raíces a profundas capas para equilibrar su sed de sol, las palmeras castillenses son amantes del agua. No sólo para nutrirse de ella sino para en ella recrearse. Muchas de ellas, separadas o formando grupos, son islas en la placidez de los bañados. Son avaras de su autocontemplación. Se miran y remiran reflejadas en la quietud de las aguas somnolientas, queriendo descubrir la imagen de su misterio ascendente en la profundidad de las charcas y lagunas. El viento atlántico las dobla hacia poniente para deleite del sol en ocaso, pero ellas permanecen indiferentes al sol que se va. Siguen, siglo tras siglo, interrogando con voz verde al misterio de la eternidad azul.

¿Cómo llegaron hasta aquí? En la telúrica pugna de los árboles con el sol y los vientos, ¿fueron arrastradas las semillas por las corrientes fluviales cada vez más al sur? Las tribus primitivas en su eterno deambular, ¿las iban arrojando después de comer su pulpa? ¿O acaso las aves en sus migraciones las depositaron cada vez más al mediodía bajando de la zona tórrida? ¿O será que hay una ley biológica de conservación y de expansión vegetal como la hay animal, buscando por eso las palmas nuevo espacio vital para su supervivencia? El hecho es que allí llegaron, descansaron, contemplaron su imagen reflejada en las aguas de los bañados y aquí se quedaron para siempre. Ahora depende del hombre la conservación de tanta belleza y de sus posibles beneficios económicos. Bien entendido de que nada sirve a la economía si no tiene como fundamento la belleza.

Todo se convierte en miseria de las cosas y los hombres cuando nos situamos ante el espectáculo del mundo con la mirada bizca de los egoísmos. A la par del pan de cada día, no nos quiten, Señor, el pan diario del espíritu. Y cúmplase nuestra voluntad de ganarlos y no dejárnoslos arrebatar.

Alguna vez las palmas de butiá remontaron las laderas de las cuchillas para contemplar desde ellas el paisaje y el mar. Parece que no les fue grato el espectáculo. Ha quedado en ellas como un deseo de permanecer para siempre en las llanuras, pero sobre todo en los bañados. Sobre las cuchillas permanecen algunas, solitarias, triunfantes, orgullosas de su osadía, desafiando a sus hermanas. Una emulación vegetal incita a algunas a seguir la misma ruta, pero casi todas ellas quedan a lo más a la mitad de la pendiente, y vuelven sus palmas hacia los bañados como soñando el espejo de las aguas que perdieron.

No es palmera de cima sino de valle. Le gusta el bullicio rumoroso de la multitud verde. Se deja acariciar de las brisas y los vientos pero sin desafío. Más bien como un gesto de coquetería femenina, sintiéndose feliz al sentirse doblada. La arrogancia de las que lograron crecer en las cumbres se revuelve furiosa, como incitando a las demás a escalar la cumbre, pero lo cierto es que no es ese el lugar de su perduración. Tendrán que descender sus frutos al valle para fructificar en nueva palma. Aunque esto no es posible por ahora.

No es posible porque el ganado no las deja. Si las palmeras hicieran asamblea y reclamaran justicia, pedirían la cabeza de Hernandarias. La introducción del ganado, caballar y vacuno, ha terminado con la germinación de nuevas palmeras. El cogollo tierno de las semillas que arraigan es devorado por las reses apenas salen al contacto de la luz. Puede asegurarse, que todas las palmeras que se contemplan en este paisaje, son las que menos, contemporáneas de los años de la conquista. El hombre bélico hizo estragos en esta región. Portugueses hacia el sur, españoles hacia el norte, ambos por estas rutas de expansión, asolaron miles y miles de palmeras, una sangría de verdes que poco a poco redujeron el paisaje a lo que hoy queda. Y, contemporáneos de los conquistadores, sus caballos y reses se dedicaron a estragar las nuevas generaciones de palmas que afloraban al amparo de sus mayores. Luego la incuria ha hecho lo suyo, cortando sin ton ni son, por lucro esmirriado de avaro bolichero.

¿Hay una ley de conservación de los palmerales de Castillos? Lo ignoramos. Pero debe haberla. Debe buscarse incluso la posibilidad de su reproducción, y, si acaso, por su calidad no valiese la pena, sería conveniente aclimatar otras clases, la del dátil, si ello es posible, para que el paisaje de esta zona uruguaya no pierda su estilo verde gris de palma. Se impone la protección a estos palmares que rinden el más grande de los beneficios; el de mirar y poder contemplar una realidad de vida exótica que ha arraigado eternamente en nuestro suelo. Que no sean los hombres más ignorantes que los chanchos. Estos se nutren de las palmas, se multiplican y gruñen, porque ese es su idioma, cosa que el hombre aún no ha aprendido a hacer ante el mismo espectáculo; hablar idioma de hombre, que es idioma de espíritu, ante la belleza natural.

Caminando desde Castillos al Chuy por el camino del Indio, se llega a la cúspide de una cuchilla, los amigos nos hacen mirar hacia atrás y divisamos entonces los palmares en toda su profundidad de paisa-



Raro ejemplar, podríamos decir único hasta hoy, de una palmera de cuatro brazos, que se contempla en el seno de los palmerales castillenses.

je. Maravilla de las maravillas. El sol entra en esa selva filtrándose entre palmas, y al primer contacto de la luz con el verde, brota un aura gris de ensueño que parece elevar el bosque, desprendiéndolo de la tierra. Al fondo la laguna y más allá el mar, dan un contorno de nueva realidad azul a los tonos del sol, del verde y del azul celeste. Una realidad muy difícil de captar, creemos, por los pintores, por la homogeneidad de tonos, por los debiles grados diferenciales que se conjugan, no obstante aparecer definidos a nuestra mirada. Esa armonía afín de tonos se acentúa precisamente con la mayor plenitud de luz solar. Los días de bruma, muchas veces, el verde se hace gris, luego violeta y al fin se desvanece en contrastes bien diferenciados. Pero en este día de sol, en cuya hoguera se funden todos los tonos, el paisaje vibra como una mancha gris múltiple pero una.

¿Dejaremos perder esta posibilidad de recreación? Cuando esfuerzos encomiables como la creación del Parque de Santa Teresa y bosques de Lussich tienden a compensar las deficiencias forestales, ¿dejaremos abandonados a las iras del tiempo un parque natural como el de los palmares de Castillos? Aunque más justo sería decir que no es el tiempo, con sus iras, enemigo de estas plantas. El tiempo las ha conservado hasta hoy, y han sido las iras del hombre las que han hecho estragos en su belleza vegetal. Unas veces por un mal concepto económico, otras por talas con miras a aprovechar unas pocas hectáreas, en este país con decenas de millares de hectáreas de tierra abandonada.

Los carreteros y caminos de esta zona exigen que se borden sus rutas con plantaciones de palmeras. Hay que conservar la línea del paisaje, su estilo de penacho flotando al aire entre las ondulaciones de las cuchillas. Hay que aclimatar nuevos tipos de palmas que sirven de adorno en las plazas y jardines urbanos. Hay que conservar lo típico, lo que la naturaleza nos dio, y partiendo de ello elevarnos, con el paisaje, a nuevas empresas transformadoras de la realidad.

Cuando en la ruta de Rocha a Castillos van apareciendo las primeras palmeras, aisladas, kilómetros más adelante agrupándose hasta formar manchas decorativas, y luego, en plena ruta del camino del Indio, las vemos formando bosque, deducimos, que a medida que el hombre se ha ido apoderando de la tierra las palmeras han sido taladas. Sería conveniente volver a la naturaleza y realizar la repoblación de palmares. Se podría hacer sin mengua de la economía agraria del país, todo lo contrario, para incremento de su riqueza, pero esta es verdaderamente nacional cuando la rigen los intereses de la colectividad y no la de los caprichos latifundistas.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

Castillos, 1955.

(Especial para EL DIA).

Fotografías de los señores Profesor Miguel Baranzano, Agrimensor Arturo López Blanquet y Sr. Elio López Blanquet.

Entre la parásita higuerón y la palmera se entablan luchas que duran décadas. He aquí los tentáculos de un monstruoso higuerón que logró estrangular entre sus garras a la palmera.



Uno de los espectáculos más bellos de este paisaje, es el de las palmeras recreándose contemplativas en las aguas de los bañados, como lo muestra la fotografía.



En la llanura, las palmeras forman un paisaje de individualidad señera, a la vez que dan sensación de multitud. A sus pies, los rebaños se dedican a la gastronómica tarea de no dejar crecer los retoños del butiá.



EL SUEÑO DE MARCIAL

CRUZO la pierna derecha sobre el recado y por el lado de montar se dejó resbalar lentamente, pegando la espalda a la badana. Permaneció un minuto de pie, apuntalado por el caballo, pero sus rodillas se fueron doblando, luego se curvó hacia adelante y así quedó sobre la tierra húmeda, inmóvil. De su garganta empezó a escapar un ronquido angustioso...

Hasta que se abrió la puerta y en camisa apareció su mujer. Avanzó hasta él, lo sacudió, quiso levantarlo. Todo fue inútil. Entonces retrocedió, arrimó un banquito a la salida, se sentó y comenzó a llorar silenciosamente. Silenciosa pero desesperadamente.

A punto de salir el sol el hombre lanzó un quejido, tuvo como un espasmo y cayó de espaldas. Abrió los ojos. Se enderezó. Y entonces, a su mujer que lloraba, le dijo sordamente:

—Ayudame a entrar, María.

Poco después, dormía profundamente.

*

Este hombre había conocido a María hacía algunos años. Entonces su juventud y su vida parecían explotar en él, rebasar su carne. A ella le corresponderían unas mil cuadras de campo por herencia. Se casaron. Y la tierra que les tocó y las vacas y ovejas que en ella vivían, fueron mermando, filtrándose en pencas, en timbas y en bailes.

Ahora, en ese amanecer en el que esta historia empieza, ella le dijo cuando él se tendió en la cama:

—Hace tres días carneamos el último capón: sólo nos queda una lechera, cinco gallinas y un poco de charque. Ya nadie nos fía...

Y las dos hijas y el hijo. pequeñitos aún, sentados sobre una cama ancha, lo miraban con ojos azorados, mudos.

Pero él se durmió profundamente. Había pasado dos días y dos noches junto a una mesa. Y su única ganancia había sido el mate, la caña, el vino y el asado de la convidada del coimero. Cuando entró en el sueño, aún tenía los ojos llenos de reyes y sotas, de bastos y espadas...

La mujer desensilló el caballo. Después fue al piquete y arreó la vaca. Y en tanto ordeñaba, él empezó a soñar.

Soñó que estaba sentado en un sillón suave y mullido. Era en medio de un gran campo verde, bajo la tibia sombra de un ombú gigantesco. Y por un camino muy blanco avanzaban cuatro figuras cuyos vestidos lucían ornamentos suntuosos. Eran el rey de oros, el rey de copas, el rey de espadas y el rey de bastos. Tras ellos, las cuatro sotas en misión de asistentes. Y cerrando el grupo, los cuatro caballeros. El de bastos traía un gran cofre asegurado en el anca de su pingo; el de oros una bolsa enorme a los tientos; el de copas dos tinajas metidas en sendas árganas; el de espadas un riquísimo puñal de plata, de una plata casi desaparecida bajo retorcidos arabescos del más caro de los metales.

El rey de oros se adelantó, diciéndole:

—Marcial: has ganao la parada más encorpada de tu vida. Aquí te la traemos y venimos a festejarla.

Los jinetes desmontaron ágilmente. Uno acomodó el cofre a su vera, abriéndolo; otro bajó la bolsa, el tercero las tinajas y el cuarto quedó detrás suyo, firme. El caballero de las tinajas comenzó a llenar las copas que la sota de ese palo le iba alcanzando. Sumaban treinta. Pero el rey le alcanzó la del as, que era grandota, y empezaron a beber. Entre tanto, la sota de oros iba vaciando la bolsa en el cofre, que se fue colmando de áureos discos. ¡Qué parada machaza había ganado Marcial! Bebía, reía, abrazaba a los reyes, en tanto el cajón se iba llenando lentamente.

En una de esas, bruscamente, el jinete de espadas montó de un salto y desapareció en un galope más raudo que el de la luz. Desapareció como por encanto y como por encanto apareció, trayendo reatado con un sobeo, tironeándolo y haciéndolo trotar mal de su grado, al capitán Fidel Porto, comisario que siempre lo había perseguido con saña, deshaciendo bancas de monte y puestas de taba. El rey de espadas le alcanzó el puñal que había traído el jinete de tal palo y le habló así:

—Este puñal es presente mío, Marcial. Estrenalo con el capitán, pues.

Y Marcial, sin deslumbrarse del todo ante el lujo de aquella prenda fantástica, degolló de oreja a oreja al comisario Fidel Porto, a pesar de que éste, en el último instante, le gritó:

—¡No me mates, Marcial, que tengo mujer con hijos chicos!

Y siguieron riendo, bebiendo, gritando; y el cofre llenándose lentamente. En esas estaban, cuando el rey de oros le preguntó:

—¿Y qué vas a hacer con tanta plata, Marcial?

Aquí Marcial cayó en un profundo pensamiento. Se le clavó en las pupilas la visión de su mujer vencida de dolor y de sus hijos vencidos de miseria. En el principio de su vida, cuando éstos apenas hablaban, él reía con ellos y con ella, y cantaba. Lo rodeaban, lo abrazaban y besaban. Después fue cayendo en aquella vorágine de reyes y de sotas, de oros y de espadas, y poco a poco se le fueron yendo. Hoy lo veían llegar y caer derrotado en la cama. Ya no tenían palabras para él, y eran sus miradas unas miradas profundas, interrogadoras y aterradas.

Y sintió que el rey de oros seguía:

—Ahora sí, vas a poner bancas chatas y a jugar paradas sin levante, ¿eh, Marcial?

Y Marcial seguía meditando en su mujer inmóvil, llorando silenciosa aunque desesperadamente, y en sus hijos flacos y tristes. Y pensó que aquel cofre que seguía llenando la sota de oros, por mucho que llevara podría ser copado por otro tan taura como él, o cargado por otro comisario tan hereje como el capitán Fidel Porto. Y volvería, ¡otra vez!, a caer en su rancho...

—¡No! —gritó súbitamente— ¡No juego más! En cuanto se llene ese cajón lo cierro y lo llevo pa mi mujer y pa mis hijitos. ¡Ya no quiero más último capón, ni última lechera, ni últimas gallinas, canejo!

Entonces el rey de oros, fríamente, con la voz cortante, le dijo:

—Te voy a advertir algo, Marcial: la plata de nosotros los oros, las copas, las espadas y los bastos, es plata que no acaba nunca, pero que no alcanza pa llenar ningún cajón. Aquí estaremos echándole oro a éste pero no lo rebasaremos ni en mil años. Por eso, pa cuando lo quieras llenar y llevar, ya tu mujer y tus hijos estarán muertos y nos serán un viejo carcamán...

Marcial empezó a mirar fijamente aquellas figuras embrujadas que reían, cantaban y seguían bebiendo; que ya estaban de borrachas, bailándole en rueda una danza alucinante. Y el mirar del hombre se empapó de odio. Y empuñando otra vez el puñal de plata y oro dio un salto...

Y se despertó súbitamente, ahogado, sudoroso. Se sentó y sus ojos desorbitados miraron con extrañeza el clima familiar de su cuarto. Entró María.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué gritaste?

Marcial se serenó poco a poco. Después miró amorosamente a su mujer. Sonrió y le habló:

—Ahí, en el bolsillo de ese saco, hay un naipe. Alcanzámelo.

Su mujer buscó y luego alcanzó las cuarenta cartas.

—Dame ese cuchillo.

Apartó las doce figuras de la baraja, desenvainó el cuchillo y cortó las cabezas de los reyes, de los caballos y de las sotas.

María lo miró espantada. El dijo:

—No me mirés así, que no estoy loco, María. Degollando estas figuras he terminao mi vicio.

*

De tarde ensilló y fue a la comisaría. Allí se apeó y se enfrentó al comisario Fidel Porto. Y le expresó:

—Hoy rompí la última baraja de mi vida, capitán. Toda la fuerza que tuve pa gastar noches y días orejiando palos o aguantando rondas la viá poner en otro trabajo de menos quiebra...

*

Y así fue. Marcial recuperó sus mil cuadras, de nuevo las pobló, otra vez rieron y cantaron junto a él su mujer y sus hijos.

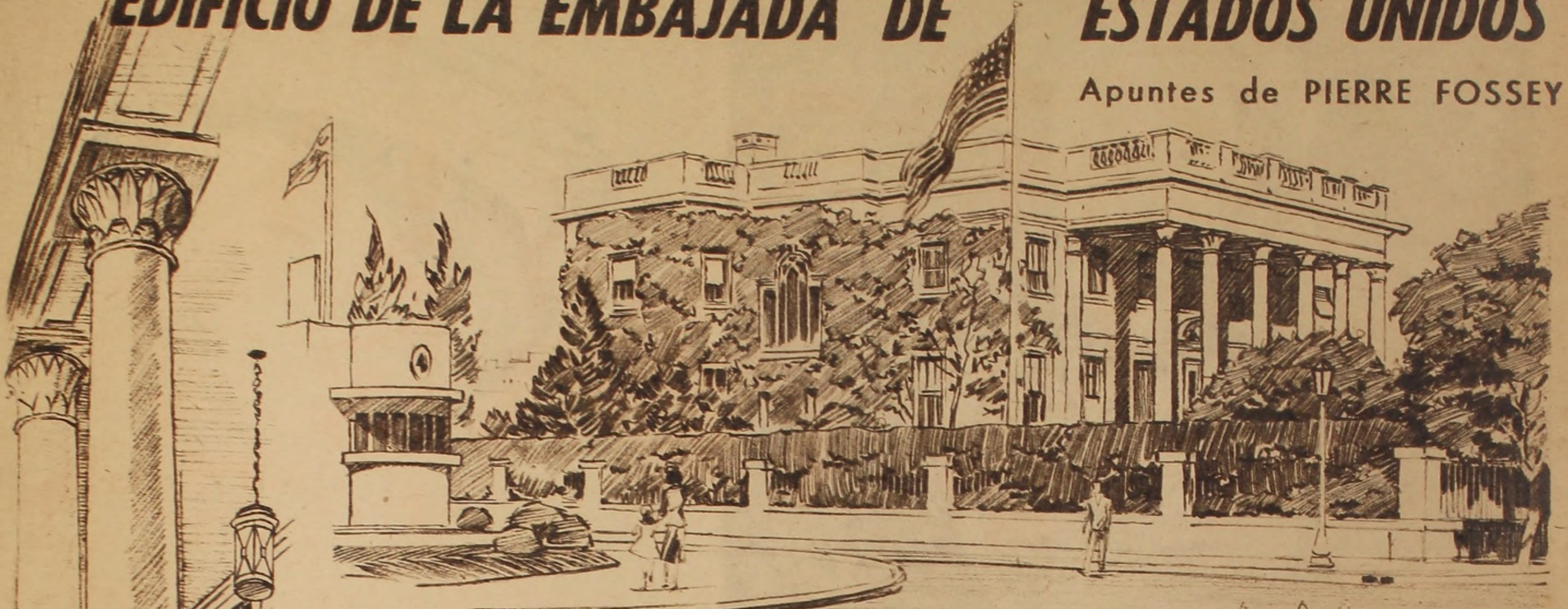
Lo penoso de todo esto es que de mil timberos quizá sólo uno sueñe, como Marcial soñó... y haga lo que Marcial hizo.

José MONEGAL.

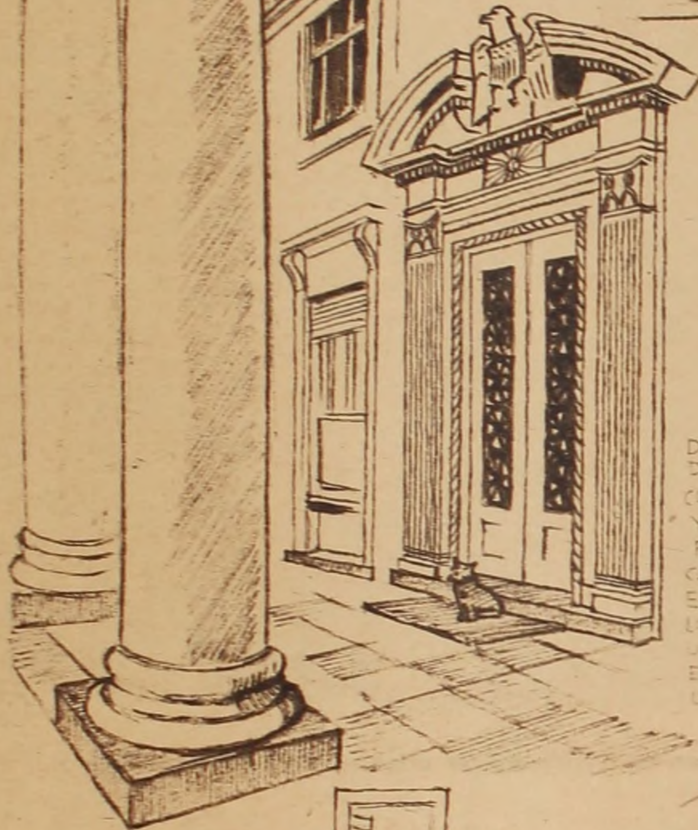
(Especial para EL DIA. — Dibujo del autor).

EDIFICIO DE LA EMBAJADA DE ESTADOS UNIDOS

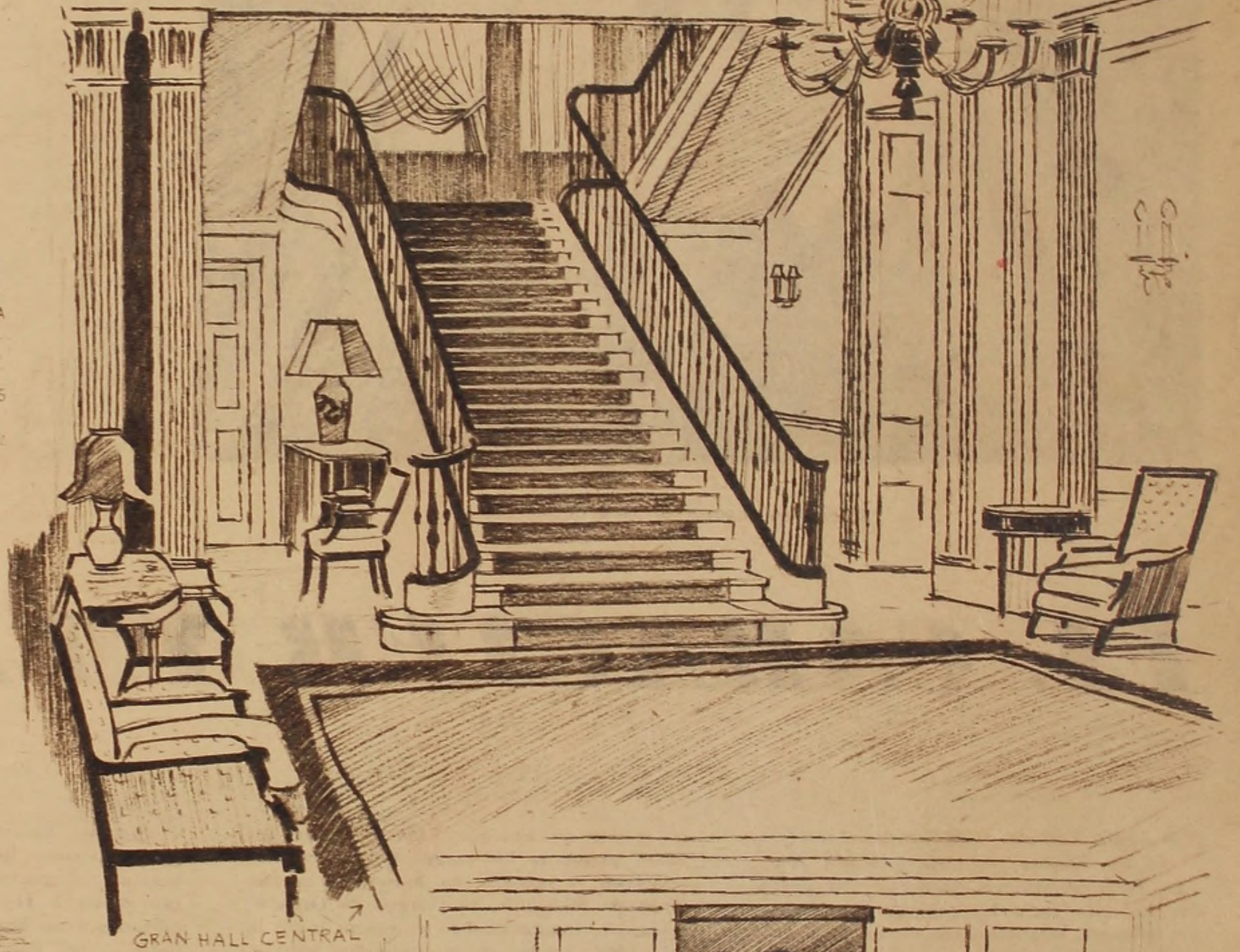
Apuntes de PIERRE FOSSEY



FACHADA Y COSTADO DE LA EMBAJADA AVENIDA RICALDONI ESQ. LORD PONSOMBY



DETALLE DE LA COLUMNATA Y ENTRADA PRINCIPAL CON EL ESCUDO DE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL SOL DEL URUGUAY



GRAN HALL CENTRAL

RINCON DE UNA SALITA

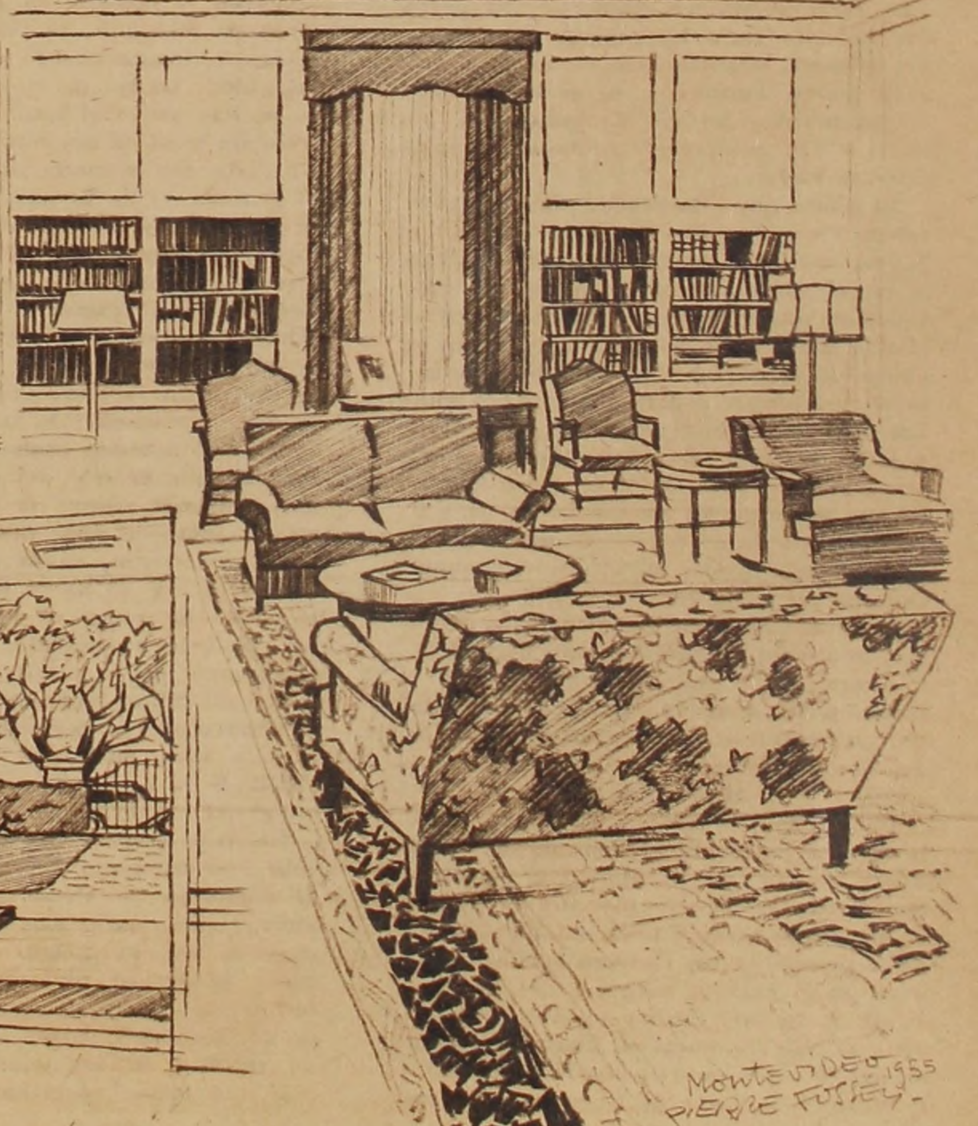
BIBLIOTECA

CUADROS DE CASTELLS-CAPURRO GUREWITSCH-JOUAC-ARNOLD. RAMBERT. VINCENT LEWIS ETC.



SALA DE MUSICA

ENTRADA PRINCIPAL SOBRE EL PARQUE J. BATLLE Y ORDOÑEZ





El sereno reposar de Ana de Cleves.



Fatuo de sus certitudes, el ministro Ricardo Southwell.

EL CARACTER Y LA SINTESIS I

EN 1526, Erasmo de Rotterdam, residente en Basilea, escribía a Piero Aegidius, jurisconsulto en Amberes: "El portador de esta carta ha pintado mi retrato. No quisiera importunarte recomendándolo a tu poder, también a tu gentileza, pero es un notable artista. Encomiéndalo, sin duda, a "tus" pintores de Amberes. Aquí las artes se hielan..."

El pintor que esta breve epístola presentaba a Piero Aegidius era Hans Holbein, el Joven, retratista de carácter y de síntesis, si no el más grande, uno de ellos entre todos los más grandes retratistas conocidos. ¿Sabía Erasmo ya (¿lo adivinaba?) que su gloria de humanista, su equilibrio permanente, su propia supervivencia de hombre tan de hoy como de entonces, para siempre se adhería a ese retrato tan humano y cerebral como el modelo? Y ¿sabía Erasmo ya que andarían los años y los siglos, y su propio carácter y su síntesis nadie podría imaginarlos distintos al retrato holbeniano? Que no importa qué hombre, ni en qué tiempo, entregado a los estudios erasmistas, fatalmente estudiaría este retrato.

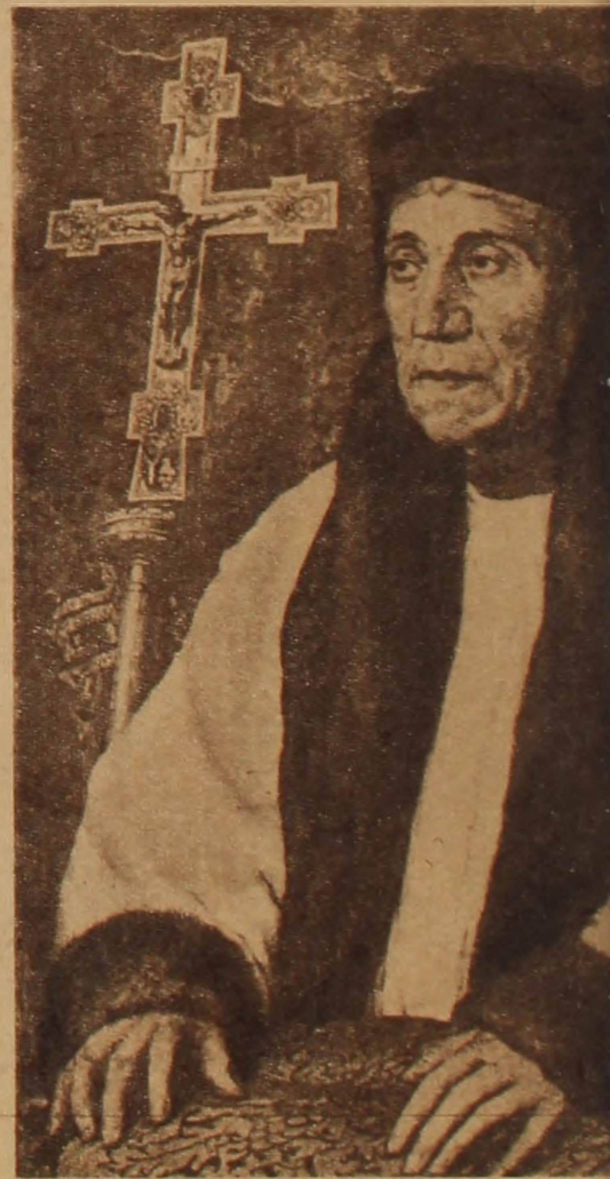
Ahora busca uno, en todo caso, en el Museo del Louvre, la entraña de ese Erasmo en su retrato, del Erasmo presentido, del Erasmo comprendido y admirado, y el secreto... de Holbein le llega.

Porque hay un Holbein joven, ciertamente (pintor joven), el Holbein de la "Danza de la Muerte" y del "Hablar Campesino", trepidante, alocado, y macabra la alegría, en su frenesí sarcástico, incontable y fecunda la invención. Un Holbein burlón y burlesco en la manera burguesa del Augsburgo de su tiempo. Y hay el Holbein retratista, el que comienza en Erasmo (¿influído por Erasmo: penetración humanista?) y termina en la Corte de Inglaterra, cortesano pintor de Enrique VIII. Y si en sus obras primeras los rasgos de su carácter aparecen, y aparece su humor, y si aún ante una tela como la "Virgen de Dresde" se puede divagar cuanto se quiera sobre la naturaleza íntima de su inquietud religiosa, no hay nada del hombre Holbein en la serie sin igual de sus retratos. Todos ellos, sin duda, con la marca de su genio. Desde el primero, el de Erasmo, hasta el de Ana de Cleves, el del obispo de Warham, Jorge Cornwell, Nico Krátzer, Tomás Eliot, Nico Payne, Tomás Moro, Enrique VIII, Ana Bolena, John Russel o Lady Parker... ¿Qué gran museo no conserva un retrato de la serie holbeinesca? Todos ellos (ya se dijo) con la marca de su genio. Pero se dice, igualmente: lo sustantivo de Holbein es el dominio acabado de esa virtud esencial que el arte del retrato exige del más personal pintor: la abnegación nada más, y tampoco nada menos. El no intervenir, consciente, en la propia visión de su modelo. Y el hacer de si mismo abstracción. El cómo el modelo-personaje, por Holbein examinado, jamás se altera al contacto de su propia personalidad. El cómo descubre Holbein (se descubre y nos descubre) la persona del modelo, sin que la suya interfiera. Suma de objetividad. Y la cualidad es rara, aún siendo en el retrato lo esencial.

Cómo el hombre que amó a una mujer sola (¿el complejo del Dante, y también el complejo de Petrarca?) a fuerza de aptitud para nada más ver en todas las mujeres que el reflejo enervante de su sueño imperioso, pintores hay, y grandes retratistas (¿por qué no Rafael, y por qué no el Ticiano?), cuyas series cambiantes de retratos se asemejan acaso, y nada más, por haber advertido, lo primero, en el modelo, aquello que análogo era a la propia persona del pintor, o al sueño imperioso del pintor en función de su propio modelo. Hay grandes pintores que pintaron a un hombre como hubiesen pintado a "su" dios. Más allá de la vida y del mundo. Posible explicación de "La Gioconda". Como hay quien los pintó "más acá" y él mismo los hizo. Don Francisco de Goya está aquí: cuando el genio goyesco no hundía el ardiente escalpelo de su caricatura.

¿Lo que pinta Hans Holbein? Gentes cuya múltiple existencia no tiene relación ni contacto con la suya. Individualidades tan distintas entre sí, como ajenas a la vida interior del pintor. "¡Qué suma de soledades, tantos cuerpos humanos reunidos!", decía el Fantasio de Musset. Y concebir y descubrir y "dar", la realidad particular de esos "pequeños mundos" aparte que la diversidad individual humana constituye... ¡qué dificultad mayor!

Por eso hay tal patetismo, con tal prodigio insistente, en el cambiante espectáculo que ofrecen los retratos de Hans Holbein, suma de la individualidad. ¡Cómo se revela cada una, hasta el fondo escondido de su ser, en la imagen que el pintor "inventa"! Ahí está, en el Louvre, ese "Nico Krátzer, astrónomo del rey y personaje ilustre, hombre dulce y en la vida práctica mediocre como un escudero"; y ante el cosmos, en cambio, en el estudio y el descubrimiento, metódico, aplicado, riguroso, exacto. Y está en Windsor "su" Ricardo Southwell, ministro privado, de orgullo modelo, de su vulgar sapiencia satisfecho, fatuo de sus certitudes, sin pena dogmático; "buen hombre", por otra parte (según las historias cuentan), pero bien insoportable por su hueca suficiencia, en la



Guillermo de Warham, testarudo ej



En la rígida serenidad de Jane Seymour, un carácter y una síntesis.

mueca desdeñosa palpitante. Y ese obispo Guillermo de Wárham, "ligeramente tonto" (Gibbon dixit), testarudo ejemplar, limitado a sus profesionales convicciones. ¡Sorprendente Tomás Moro del retrato de Holbein! Chocante y primaria fealdad. Con sus carrillos flácidos de abuela bonachona y arrugada. Con un noble heroísmo, sin embargo, y simple en la expresión doliente que el respeto impone. Y que al fin encanta, por la bella inteligencia de una franca mirada, y el espíritu lúcido, audaz, aventurero y claro. ¡Y el delicioso Erasmo! Figura inolvidable, atrayente y burlona, con los rasgos agudos, recogidos los labios, escéptico en función de la idea de los otros... y en su razón confiante. Ideólogo sutil y desconfiado (ante todo su reposo, su tranquila libertad de pensamiento), y jamás conformista con la acción que amenace la apacible y general tranquilidad. El Erasmo que al Lutero febril y turbulento respondía: "Yo no acepto verdades sediciosas". El Erasmo que va lejos en la ideología; conservador, sin embargo... por su temperamento y por necesidad; que adora el placer de pensar... consigo mismo y solo; epicúreo de la meditación subversiva y puramente teórica; maestro, en fin, en el arte de las silenciosas orgías de la meditación. Y frente a este Erasmo, todo espíritu, ese obeso Enrique VIII, todo carne, satisfecho y ahito; por la fuerza sana del temperamento a salvo del poder destructor de su sanchesco apetito, y del feroz desenfreno voluptuoso; egoísta magnífico hasta el fondo de su ser privilegiado; sensual y cruel y lo bastante hábil en el juego diplomático y político que reclaman sus placeres de tirano, su ambición, sus apetitos, y aún teólogo... si lo exige su política; especie de "Barba Azul" inteligente y cínico... en toda simplicidad.

Y ¿no están definidos (netamente) todos estos personajes? Cada uno existe aparte, en la mano del pintor. Plenamente él mismo, cada uno es complejo y unidad: cada uno es una síntesis real. Y hay cien retratos aún del mismo Holbein el Joven. Y se llega, con su examen, a idéntico resultado.

¿Una observación aún? La inmovilidad completa de los retratos de Holbein. No existe en toda la serie un personaje moviente. Ni da Holbein a ninguno su carácter en función del movimiento. Como no interviene el gesto en los retratos de Holbein. A todos sus personajes puso el pintor en reposo. Unas veces los brazos pendientes, en simple actitud de abandono. Otras veces, las manos se apoyan sobre amplio cojín coloresco (como lo hace el obispo de Wárham), o exangües se cruzan a veces cual las manos de Ana de Cleves. Sólo Erasmo, el humanista, escribe, y es uno de sus raros personajes en función de concreta actividad: la más próxima a lo inmóvil, sin embargo.

Y no basta. Porque aún las fisonomías las toma en reposo Holbein. Sin que sean soñadores plácidos sus personajes mayores. Lo específico de Holbein retratista es la intuición (o el saber) que un carácter se desnaturaliza cuando la pasión profunda con violencias aparece al exterior. Y es un minuto del hombre, pero no es el hombre mismo, su complejo, lo que entonces revela su expresión. Cuando un rayo de sol hiere el paisaje, ciertos detalles aparecen con una singular vivacidad; en pleno disimulo queda el resto, en una semi-sombra, o sombra entera, que el contraste acentúa todavía. De idéntica manera, cuando una circunstancia limitada hace predominar en un alma un vivo sentimiento, una ardiente veleidad, un deseo exaltante, el resto de esa alma queda oculto. Y sólo en el reposo un complejo carácter revela plenamente sus elementos (todos) en auténtica suma de verdad. Y pintor de caracteres, descubridor de síntesis, entero está Holbein ahí: en ese descubrir y en ese reflejar "todo su hombre", cuando ninguna de las partes de ese hombre (su pasión o su cólera, su dolor, su ambición, su placer, su alegría, su humildad, su desgana...) emergió y dominó por entero al personaje. A ese personaje-hombre que de todo aquello es síntesis y nunca una parte sola.

J. B. TOLEDO.

París, 1955. — (Especial para EL DIA).

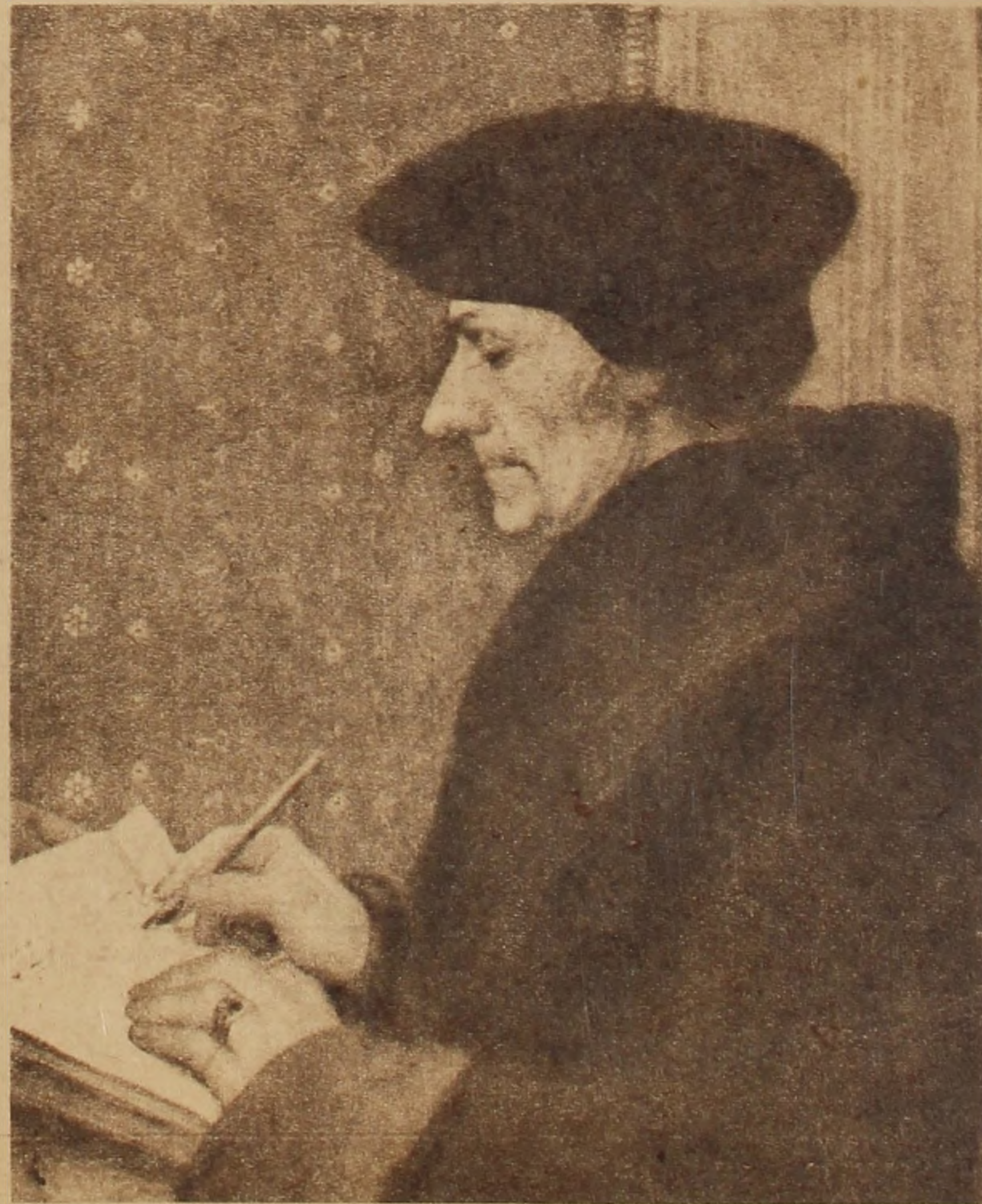
N LOS RETRATOS DE HOLBEIN



...ligeramente tonto".



Todo carne, satisfecho y ahito, diplomático, político y teólogo, Enrique VIII, inteligente y cínico.



¡Y el delicioso Erasmo! Ideólogo sutil y desconfiado.



Columna de la línea ecuatorial. Coordenadas geográficas: Latitud 0º 0'0". Longitud W. de Greenwich, 78º 27'08". Longitud E. del Observatorio Astronómico de Quito, 0º 2'46". Declinación magnética 6º 38' E. Altitud sobre el nivel del mar, 2.480 m.

En la mitad del mundo

EN la linde de la población de San Antonio de Pichincha, se levanta esta columna de piedra en cuyo coronamiento una breve imagen de la tierra, achatada hacia los polos, muestra en su justa mitad, la línea de equinoccio.

Cuantos se han detenido en el estudio del nombre de este país de América del Sur, repararon en su impropiedad histórica, y hasta en lo que puede sugerir, de inexacto, para quienes, sin examen antecedente, piensen en las tierras ecuatoriales, abiertas a un sol de horno, a un africano clima.

Pero es la verdad que el Ecuador de este lado de América, escogido por tales condiciones para la medición del arco que señala la mitad de la tierra, es privilegiado lugar por la suavidad de su temperatura, y hasta para el milagroso florecer, en un solo día, de las cuatro estaciones que ponen un especial color en la floresta y aceleran la maduración de los frutos. Tierras sobre las cuales cae el aguacero en torrente, o en veces la lluvia cernida, pero en donde se dan con frecuencia los días luminosos, bañados de un sol que no quema, desde el cielo limpidísimo, de un claro azul andino, en ocasiones sin una sola de las manchas de algodón de las nubes blancas.

En el siglo XVIII (1735), la Misión Geodésica Francesa, integrada por sabios de la calidad de Carlos María de La Condamine, Pedro Bouger y Luis Godin y los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa que recogían apuntes para sus célebres *Noticias Secretas de América*, confirmaron la teoría de Newton, la del achatamiento de la tierra en los polos, con la medición del arco del meridiano, y señalaron, en nuestros campos, esa línea, a la vez real y subjetiva, de la mitad del mundo.

"Para la medición del arco ecuatorial —dice Francisco Terán en su *Geografía del Ecuador*—, se escogió la Presidencia de Quito, por razones geográficas y sociales: pese a su posición ecuatorial, gracias a la elevación de los Andes, sus mesetas presentaban climas y terrenos propicios para la obra lenta y difícil de las triangulaciones geodésicas, por un lado; y por otro, eran éstas las únicas tierras civilizadas cuyos habitantes no dificultarían la labor de los sabios. Ninguna de estas condiciones podrían encontrarse, seguramente, en las demás regiones del mundo atravesadas por la línea ecuador, comúnmente bajas e insalubres, y pobladas de tribus salvajes. Aún ahora, en pleno siglo XX, sería difícil, si no imposible, la realización de trabajos semejantes en la selva Amazónica, en el centro del Africa, en Sumatra y Borneo, o en alguna inhóspita isla del Pacífico, que son los países del mundo que tienen igual posición latitudinal que la nuestra".

Para entonces, en la época dieciochesca, Quito brillaba con luz propia. Su cultura salía de los conventos eruditos, de entre los latines y la teología, para secularizarse. Algunos poetas no sólo que traducían o imitaban a Góngora, sino más bien le sublimaban. Una anticipada enciclopedia, sembraba de varia inquietud las páginas de los escritores que tendían adivinaciones certeras desde este "balcón de los Andes", encerrado entre montañas, pero de raros atisbos y de perspicua captación de los universales sones. Pero no era solamente la anticipación letrada y la fina vena lírica, puesto que había surgido un sabio que mereció admiraciones europeas, el riobambeño Don Pedro Vicente Maldonado, cuyos informes sirvieron poderosamente para la obra de medición del arco ecuatorial en la que habían emprendido, al abrigo de estas brisas serranas, los Académicos franceses y sus compañeros españoles, Juan y Antonio de Ulloa.

Pudo llamarse esta República, más eufónica y sobre todo más entrañadamente, de Quito, no sólo en recuerdo de la antigua y afamada Presidencia, sino también para las afirmaciones consecuentes de su cultura aborigen y hasta para la de sus vulnerados derechos territoriales, pero el nombre ecuatorial, impuesto por la Geografía y por la costumbre, utilizado por Bolívar desde los ya lejanos días de la Gran Colombia, adjudicóse al nuevo país, de tres grandes provincias, interandina, litoral y del austro.

Pero su nombre, Ecuador, marcha unido a la idea y a la realidad de la mitad del mundo, simbolizadas en la grave columna que es monumento de piedras extraídas del cerro que le sirve de fondo, y de nombre también simbólico y condigno, —el Cerro de La Marca—, reproducido en el escudo nacional y, según la leyenda, pedestal, en otro tiempo, de un adoratorio incásico del sol, por que en su cúspide caían, luminosos y tensos, sus rayos ecuatoriales.

El viajero que llega a este país, ha de trasladarse, en pocos minutos, desde la historiada ciudad de Quito, hasta la población de San Antonio de Pichincha, centro experimental, a la presente, de una fructífera obra alfabetizadora y de identificación con el agro, y en llegando a la matemática columna, bajo el límpido sol ecuatoriano, puede poner cada uno de sus pies, como si fuesen punteros, a uno y otro lado del mundo...

Y así se está la columna ecuatorial, casi siempre rodeada de turistas, no lejos de un parador sencillo en el cual se dan refrescos y postales, pero en otras veces, —trozo de égloga en aire nuevo—, con la concurrencia de los rebaños guiados por pastores indígenas que ya saben manejar el suave guión de las ovejas y la incipiente forma de la letra.

Augusto ARIAS.

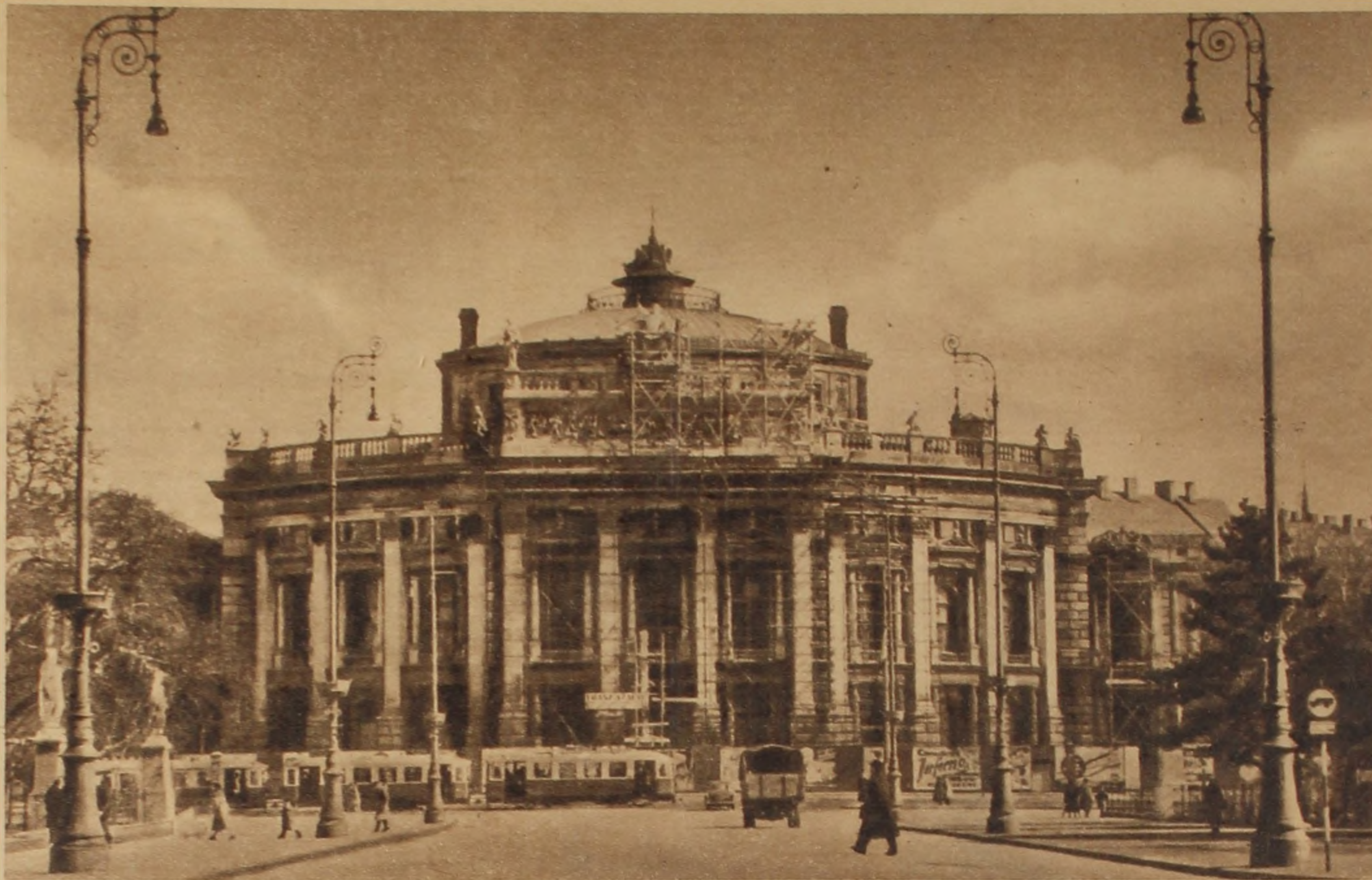
Quito, agosto de 1955.
(Especial para EL DIA).

JUNTO con la liberación de su suelo, después de 17 años de ocupación extranjera, Austria celebra los gratos acontecimientos de la reinauguración de sus dos teatros nacionales: el de Comedia y el de la Opera. Ambos fueron destruídos casi totalmente en las últimas semanas de la guerra, después de largas y gloriosas existencias. Para los vieneses era cuestión de honor reconstruírlos totalmente.

Las miradas del mundo artístico se dirigirán en las semanas venideras hacia la bella capital sobre el Danubio. Llegarán allí delegaciones culturales de muchos países, —incluso una del Uruguay que está organizándose en estos instantes—, para asistir a los grandes festejos de la reapertura de la celebérrima Opera. Pero aún antes, el Teatro Nacional de Comedia abrirá de nuevo sus puertas; después de diez años en que el elenco oficial, uno de los mejores de habla alemana y uno de los más brillantes del Teatro universal, tuvo que actuar en un teatro adaptado provisoriamente, la Comedia Nacional vuelve a su propia casa.

Este teatro tiene desde hace mucho tiempo, un nombre: "Burg-Theater", que proviene de su original emplazamiento en el castillo de los emperadores austríacos, en el llamado "Burg" (pariente de la palabra castellana "burgo"). La historia del teatro se remonta lejos: quizás puede tomarse el año 1741 como el de su nacimiento. Hojear su historia es tan interesante, tan apasionante porque en ella está reflejada no solamente la historia de la ciudad, del país, sino de toda la cultura europea.

En sus comienzos era, naturalmente, un teatro imperial. Una severa censura velaba sobre los más mínimos detalles de las co-



El Teatro Nacional de Comedia (Burg-Theater), de Viena.

DOS GRANDES TEATROS RESURGEN DE LAS LLAMAS

medias y su representación. Cuando, después de muchas luchas, se permitió la puesta en escena del drama de Schiller "La confabulación de Fiesco en Génova", tuvo que tacharse en cuantas escenas se hallaba, la "peligrosa" palabra "Libertad". No pudo darse pieza alguna en que personas nobles tuviesen amantes; éstos tuvieron que transformarse en esposos legítimos, y si esto fuera imposible, en primos sin peligrosidad alguna. Fácil es imaginarse en qué forma muchas comedias llegaban al público, algunas de Goethe incluídas.

De modo que Grillparzer, el dramaturgo más destacado que tuvo Austria, tuvo mucha razón en opinar cierta vez frente a su amigo Beethoven: "¡Felices los músicos, comparados con los comediógrafos! Porque de una partitura no pueden eliminarse los pensamientos revolucionarios. . ."

El siglo XIX cambió la estructuración del público vienés. Aún existía la aristocracia pero el auge burgués la hizo mucho más liberal. Después de la revolución de 1848, un nuevo viento soplaba en los teatros europeos, y aunque el Burgtheater siempre se mantuvo conservador, muchos de los autores "modernos" de la hora pudieron ser representados. Empezó un florecimiento artístico como pocas épocas lo conocieron. En 1884, para citar un solo ejemplo, el Teatro Nacional de Viena conmemoró los 300 años del nacimiento de Shakespeare con una puesta en escena de toda su obra completa, hazaña difícilmente igualada por otro teatro en el mundo, fuera de Inglaterra quizá.

La antigua sala resultó pequeña. Y el emperador Francisco José resolvió dotar a su capital de dos teatros representativos del esplendor de su vasto imperio. Surgió primero la ópera, y luego —en 1888— el nuevo teatro de comedias. Su emplazamiento no pudo ser más bello: habían caído los viejos muros que circundaban, desde siglos atrás, a Viena. La era de paz que vivía el mundo hacía innecesarias fortificaciones dentro de las ciudades. El emperador planeaba, junto con los mejores arquitectos de su imperio, un bulevar maravilloso, en forma de anillo que rodease todo el núcleo céntrico de la ciudad y sobre el cual podrían erigirse los enormes edificios suntuosos y los monumentos que requería la importancia de la capital austríaca. Sobre este "Ring" (anillo) encontramos aún hoy la mayoría de los grandes edificios públicos: el palacio de la Legislación —el Parlamento—, los dos enormes museos —de Arte y de Ciencias Naturales—, la majestuosa Intendencia, la Universidad y los dos teatros oficiales, amén de muchos otros edificios significativos. El lugar que se asignó al nuevo Burg-Theatre, era histórico: allí, tres siglos atrás, fueron repelidos en largo y heroico sitio, los turcos de manera tan decisiva que nunca más se internaron tan profundamente en suelo europeo.

Director siguió a director. Ser director del Burg-Theater era el sueño dorado de cuantos hombres de teatro existían en el vasto terreno de habla alemana. Grandes nombres desfilaron por la silla que regía los destinos del glorioso teatro; enumerarlos sería largo, y vano, porque a pocos conocedores les sería familiar alguno que otro dado que el teatro alemán tuvo pocos contactos con los amantes del teatro en Sudamérica. Había entre ellos eminentes escritores, actores, directores de escena; hombres que vivían y morían por su teatro. Alternaron, como en toda empresa humana, triunfos y amarguras. Pero no hay duda de que los primeros fueron los más...

En 1938 el Teatro Nacional de Viena celebró los 50 años de su nuevo edificio, pero la fecha cayó en los oscuros días de la usurpación nazi. Interesante es solamente la estadística que el teatro editó aquel día y en que resume la labor de cinco decenios. La creo de interés para los aficionados sudamericanos: Shakespeare ocupa el primer rango con 1561 noches; Schiller le sigue con 1057, Grillparzer con 673, Goethe con 478. Entre los más recientes se destacan Tolstoi con "Ana Karenina" (cerca de 150 veces), Hauptmann con "La campana sumergida", Rostand con su hermoso "Cyrano de Bergerac".

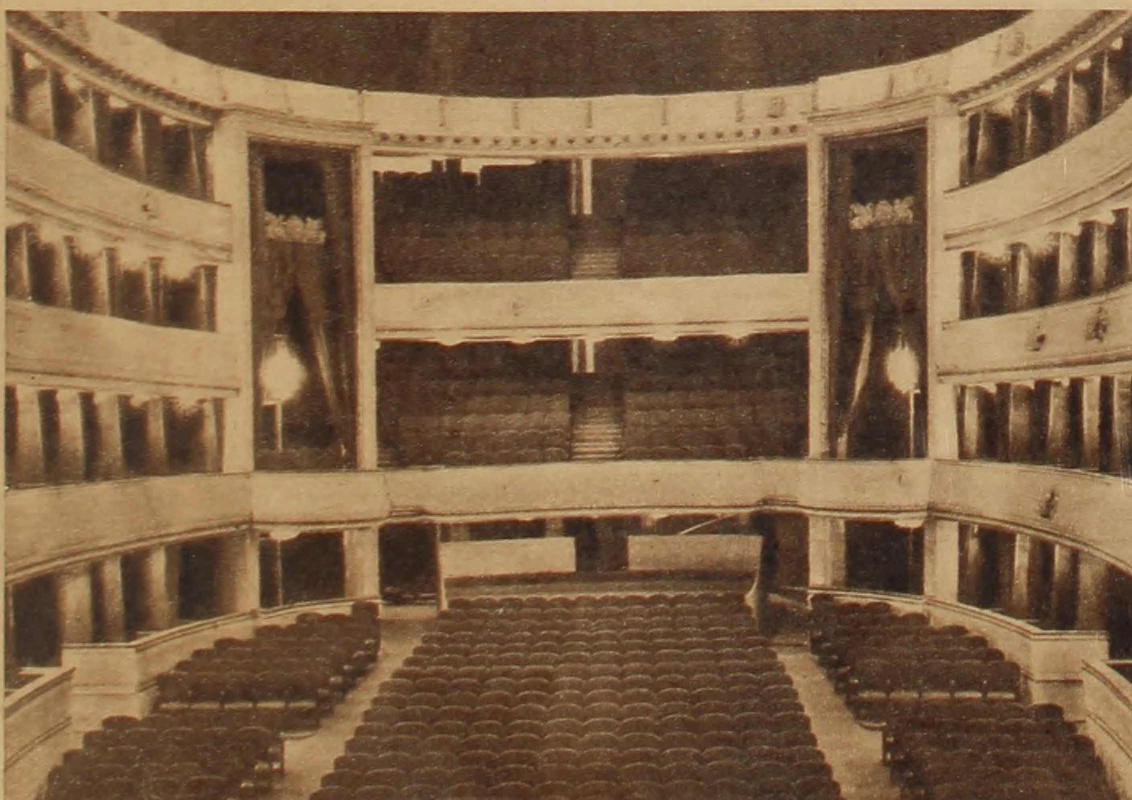
El 10 de abril de 1945 las llamas devoraron el Burg-Theater, después de un tremendo ataque aéreo, dos días antes de caer también el otro de los famosos teatros, la Opera. La primera guerra mundial no había cambiado más que los regímenes: los teatros "de la corte", imperiales, se habían convertido en teatros del pueblo, de la República. La segunda guerra mundial los destrozó materialmente. Veinte días después del desastre y aun humeantes las ruinas de Viena, el amor al arte venció la miseria: el elenco oficial estaba actuando en otra parte de la ciudad pero manteniendo, noche tras noche, su alto nivel. Yahora, diez años después, el nuevo Burgtheater se presenta al mundo.

Su aspecto, del cual dan cuenta nuestros grabados, causará no poca sorpresa a los primeros espectadores. De teatro barroco, lujoso, dorado, se ha convertido en teatro moderno, liso, sobrio. Mucho se ha discutido el cambio. Que es de acuerdo a la época, no hay duda. Sin embargo, muchos echarán de menos a los colores y formas de antes, tan familiares a las generaciones anteriores.

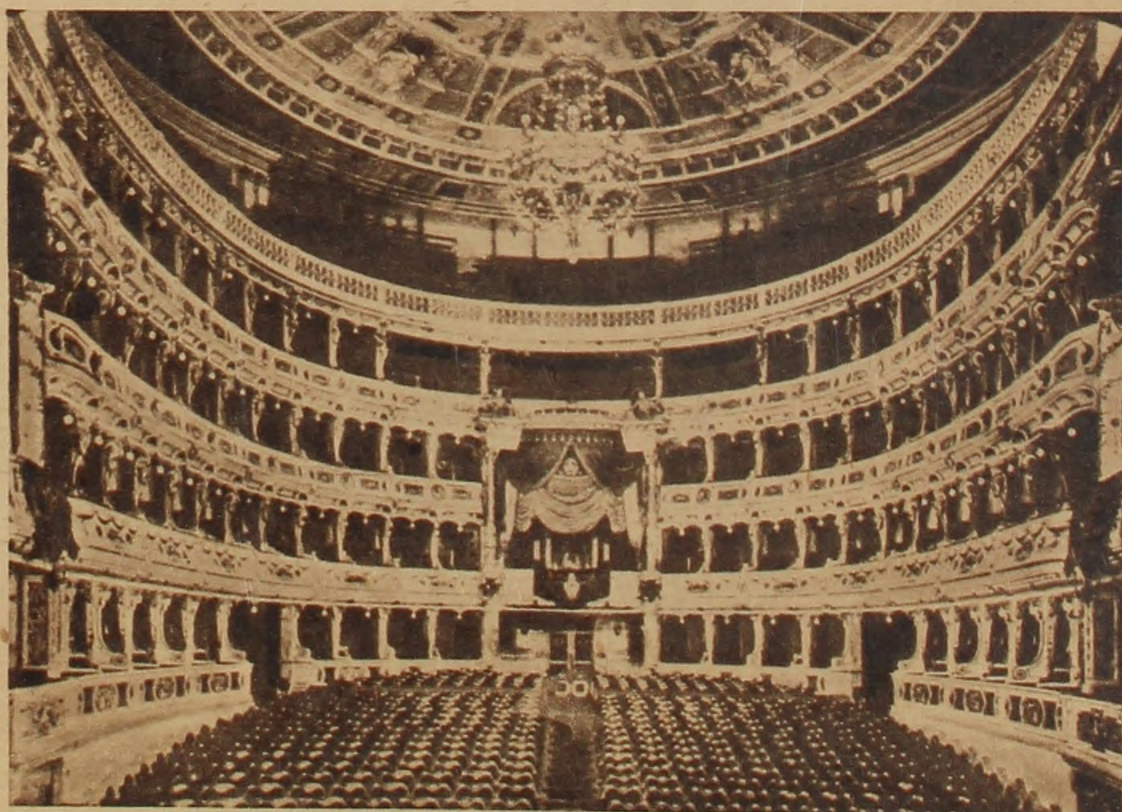
El sistema del Burgtheater es el del repertorio cambiante, de modo que casi todas las noches se presenta otro espectáculo. Esto requiere un repertorio fijo de 20 o 30 piezas, —un esfuerzo extraordinario pero necesario en una ciudad de turismo donde los extranjeros quieren ver varios espectáculos durante una semana de estada. (Viena tiene además, dicho sea de paso, cerca de 30 buenos teatros particulares). La fidelidad de los mismos vieneses acompañará al Burg-Theater como siempre, y hará que durante las 300 noches de actuación durante el año, no quede vacía ninguna butaca de las 1500 más o menos que posee. . .

Kurt PAHLEN.

(Especial para EL DIA).



La reconstrucción moderna que se inaugurará próximamente.

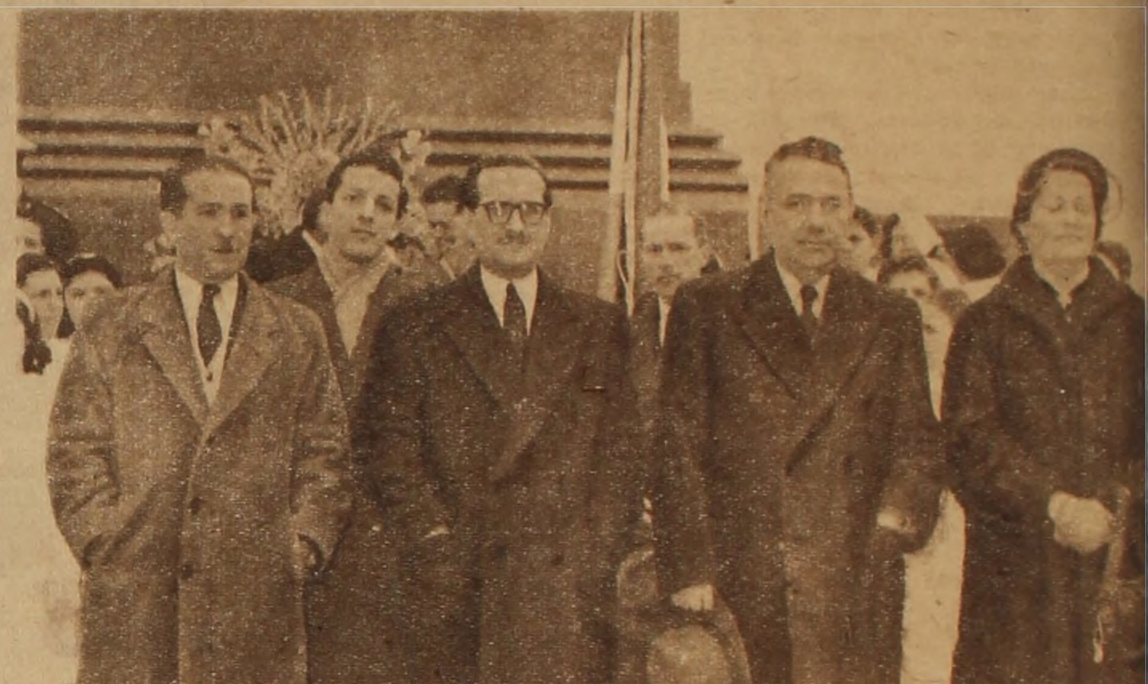


La sala, tal como era antes de la destrucción por el bombardeo.





Importante medida de contralor preventivo será puesto en vigencia por la Dirección de Servicios Médicos Municipales, de examen médico a los funcionarios municipales, proyecto que fue comunicado en una conferencia de prensa. De izquierda a derecha, aparecen en la nota: Dres. Melo Aguirre, Zavala Muniz, Gómez, y Bolívar Pereda.





Fue celebrado el 146 aniversario de la Independencia de la República de Ecuador, en la Escuela Ecuador, y ante el monumento a Artigas, asistiendo a las ceremonias el Embajador doctor Clodoveo Alcívar Zeballos.



Sepelio de los restos del Escribano Pascual Quagliata, prestigioso profesional cuya desaparición ha producido general sentimiento de pesar, puesto de manifiesto en los actos de homenaje realizados.



El profesor Benigno Varela Fuentes, profesor Dr. Cándido Muñoz Monteavaro, acompañados por el director del hospital regional Dr. Elías Pascale, y señor José Martoy de la Lucha Antituberculosa, visitando un dispensario móvil en Salto.

INFORMACION LOCAL



En la ciudad de Bogotá, en la residencia del Ministro del Uruguay Don José P. Heguy Velazco, se llevó a cabo el día 2 de julio el enlace de nuestra compatriota Mary Estela Herrera Rodríguez y el doctor Oliverio Rodríguez Vergara de la sociedad bogotana. En la foto vemos a los nuevos desposados en el día de su boda.



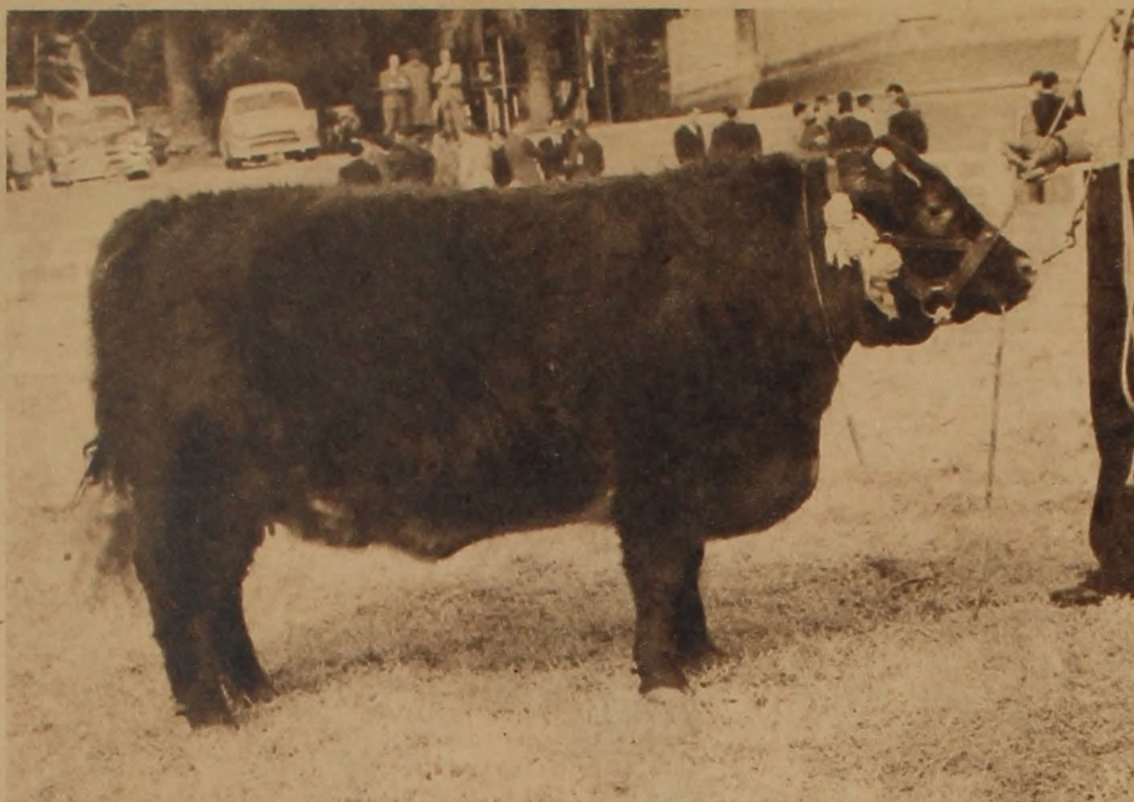
Acto de inauguración de los cursos de puericultura, destinados a las madres, en la Casa del Niño.



El cónsul de Grecia en nuestro país y su esposa, señora Beatriz Pareja de Pantazoglu, ofrecieron una recepción a los miembros del Instituto Cultural Uruguay-Grecia, agasajando y despidiendo al doctor Carlos Rama, uno de sus calificados integrantes.



María Wilma Decasto Puig, que el día 16 de este mes cumplió su primer año.



Gran campeón macho de la raza Shorthorn.

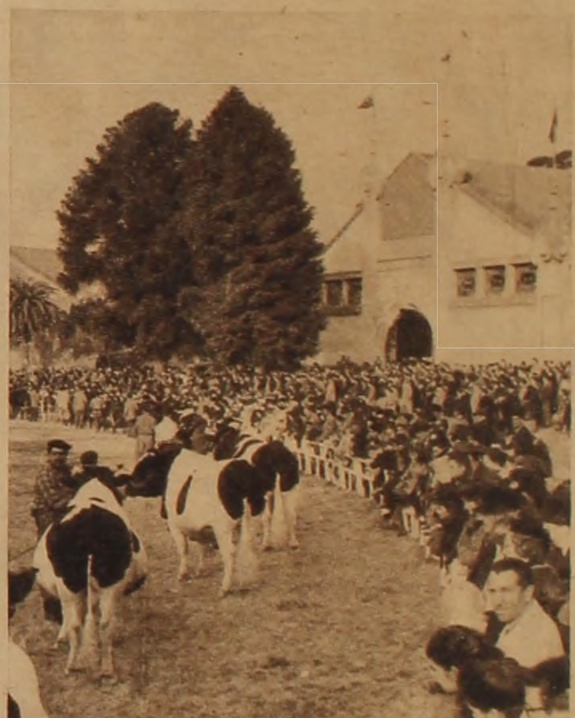


Brete 226 Alphard Violi II. Gran campeón de la raza normando.

EXPOSICION INTERNACIONAL DE GANADERIA

EN la pista del Prado se inauguró la 50ª Exposición Nacional y II Internacional de Campeonatos de Ganadería, organizada por la Asociación Rural, habiéndose calificado como una muestra del grado zootécnico que alcanza actualmente la ganadería uruguaya, por la calidad de los ejemplares exhibidos.





Aspecto de la pista del Prado durante la inauguración de la 50ª Exposición Nacional y II Internacional de Ganadería.

Gran campeón Hereford. Criador y expositor Suc. Lorenzo Salvo.

"Elorza 3571", gran campeón merino.




Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS
LOS SECUESTRADORES DEL HOMBRE-MONO LO CONDUJERON HASTA UN CLARO DE LA SELVA, DONDE SE ENCONTRÓ CON PRISIONEROS NATIVOS TRABAJANDO EN UN FERROCARRIL.

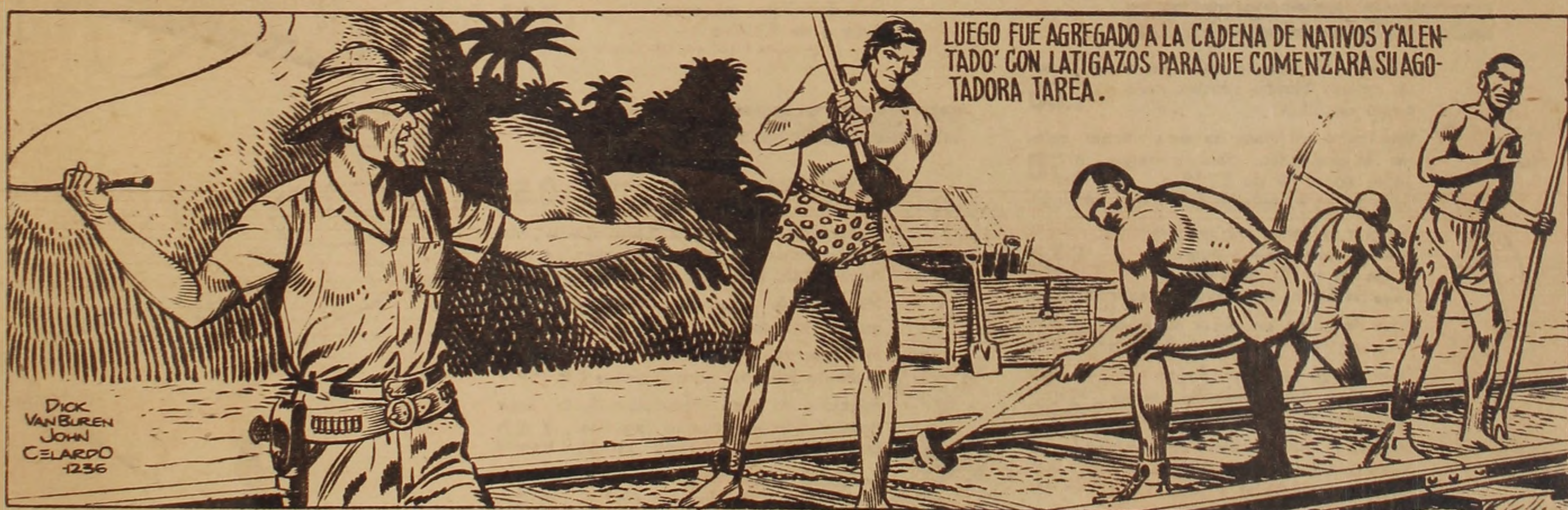

TARZÁN SE SINTIÓ LLENO DE CÓLERA AL OBSERVAR LA LAMENTABLE ESCENA... DEBÍA DE VENGAR A ESOS INDEFENSOS GUERREROS.


LEÓN POST SONRIÓ, "A POCAS MILLAS DE AQUÍ HAY UNA MINA LLENA DE RICO MINERAL DE COBRE..."


"PERO EL PROPIETARIO, MR. OGDEN, NO PUDO CONSTRUIR UN FERROCARRIL PARA TRANSPORTAR EL MATERIAL, POR ESO, HICE UN PEQUEÑO ARREGLO PARA EJECUTAR EL TRABAJO..."


"...Y UD., AMIGO," CONTINUÓ LEÓN, "TIENE EL PRIVILEGIO DE AYUDAR MI PROYECTO. JOE AQUÍ TIENES UN NUEVO RECLUTA."


SE COLOCÓ UN GRILLO EN LA PIERNA DE TARZÁN.


LUEGO FUÉ AGREGADO A LA CADENA DE NATIVOS Y ALENTADO CON LATIGAZOS PARA QUE COMENZARA SU AGOTADORA TAREA.
DICK VAN BUREN JOHN CELARDO 12-36

CULMINA nuestra
GRAN VENTA BALANCE

CON

Precios al alcance de todos

SECCION TEJIDOS

Telas Glen y Simil lana jaspeadas, rayadas y a lunares. Ancho 0.90, el mt $ 1.90

Paño fantasía tipo inglés. Ancho 1.40, el metro $ 5.50

Paños fantasía de pura lana; gran saldo, ancho 1.40, de $ 13.50, $ 14.50 y $ 15.50; ahora el metro $ 7.50

Casimir de pura lana. Ancho 1.50, al extraordinario precio de, el mt. $ 9.50

Paño fantasía "Claudette", regia calidad. Ancho 1.40, de $21.50 a el mt $ 14.50

SECCION FANTASIAS

Alhajero en porcelana, color azul con detalles en oro y colores, pieza muy original y vistosa; ahora $ 2.80

Monederos en cuero o pantasote, distintas formas, fina terminación, colores negro, marròn, bordó, verde y tostado; ahora $ 0.90

Agua colonia, especial para baño, frascos de 1/2 litro, ahora $ 1.80

Vaso de vidrio grueso transparente, de procedencia americana en gran calidad, ahora $ 0.95

Paraguas italianos de algodón mercerizado negro, mango en bonitos colores, varilla reforzada, ahora $ 9.80

Medias de nylón calidad superior, todo color y talle, de $ 5.50 y $ 5.80 ahora, el par $ 3.95

SECCION SEÑORAS

Soutiens de perfecto ajuste en saten de seda colores blanco, salmón, cielo y negro de $ 1.30 a $ 1.00

Bombacha en jersey de seda milanes, colores blanco, rosa, cielo y negro. Talles 46 al 52 de $ 2.10 a $ 1.70
Talle 54 $ 1.90, talle 56 $ 2.10, talle 58 $ 2.30.

Enagua en jersey de seda milanés, colores blanco, rosa, cielo y negro. Talles 46 al 52 de $ 4.60 a $ 3.50
Talle 54 $ 4.00, talle 56 $ 4.50, talle 58 $ 5.00.

Bata de cama en jersey satinado colores blanco y salmón de $ 4.20 a $ 3.00

Delantal con peto en fuerte tela de algodón colores lisos, adornado con bonito galón de fantasía, de $ 3.60 a $ 2.80

Moderno Tapado bien confeccionado en paño de pura lana, todo forrado en seda de $ 63.00 y $ 68.00 a $ 49.50

CLIENTES DEL INTERIOR
Por envíos contra reembolso
CASA MATRIZ - Av. Agraciada 2302
y Marcelino Sosa.

SECCION HOMBRES

Máquina de afeitar "Sueca" con barra protectora $ 1.20

Hojas de afeitar "Checoeslovaca". Paquete de 10 hojas $ 0.65

Pantalones en paño de lana grueso Talles 116/128 $ 15.80, 80/110 $ 14.80

Camiseta manga corta en suave algodón interlok. Talles 36 al 42 $ 3.90

Camisa manga larga en franela sanforizada, colores beige y gris. Talles 36/48 $ 8.00

Buzo manga larga en punto de lana, cuello con cierre, colores azul, gris y tostado de $ 19.50 a $ 15.60

SECCION NIÑOS

Abrigado pantalón de dormir para bebe, en algodón afelpado colores blanco y salmón. Talles 0, 1 y 2 de $ 2.20 a $ 1.80

Slips en suave gamucina de algodón para niños de 2 a 16 años. Talle 2 de $ 1.10 a $ 0.80
(Aumenta $ 0.15 por talle)

Camiseta manga larga para varón, en gamucina de algodón. Talle 2 de $ 2.40 a $ 1.80
(Aumenta $ 0.20 por talle hasta el 16)

Enagua con hombros en gamucina de algodón y seda. Tall. 2 y 4 de $ 4.60 a $ 3.50
(Aumenta $ 0.50 cada 2 talles hasta el 16)

Buzo manga largo para bebe, en punto de lana labrado. Talles 1, 2 y 3 de $ 5.70 a $ 4.50

Buzo rompeviento en punto de lana, variedad de colores modernos. Talle 4 de $ 6.70 a $ 5.00
(Aumenta $ 0.60 por talle hasta el 16)

SEC. ART. PARA EL HOGAR

Toallas blancas tipo nido de abeja, vainillada, tamaño práctico $ 0.85

Caminero de hule inglés "Lancastreum", alegres coloridos y modernos diseños. Ancho 0.45, el metro $ 1.80

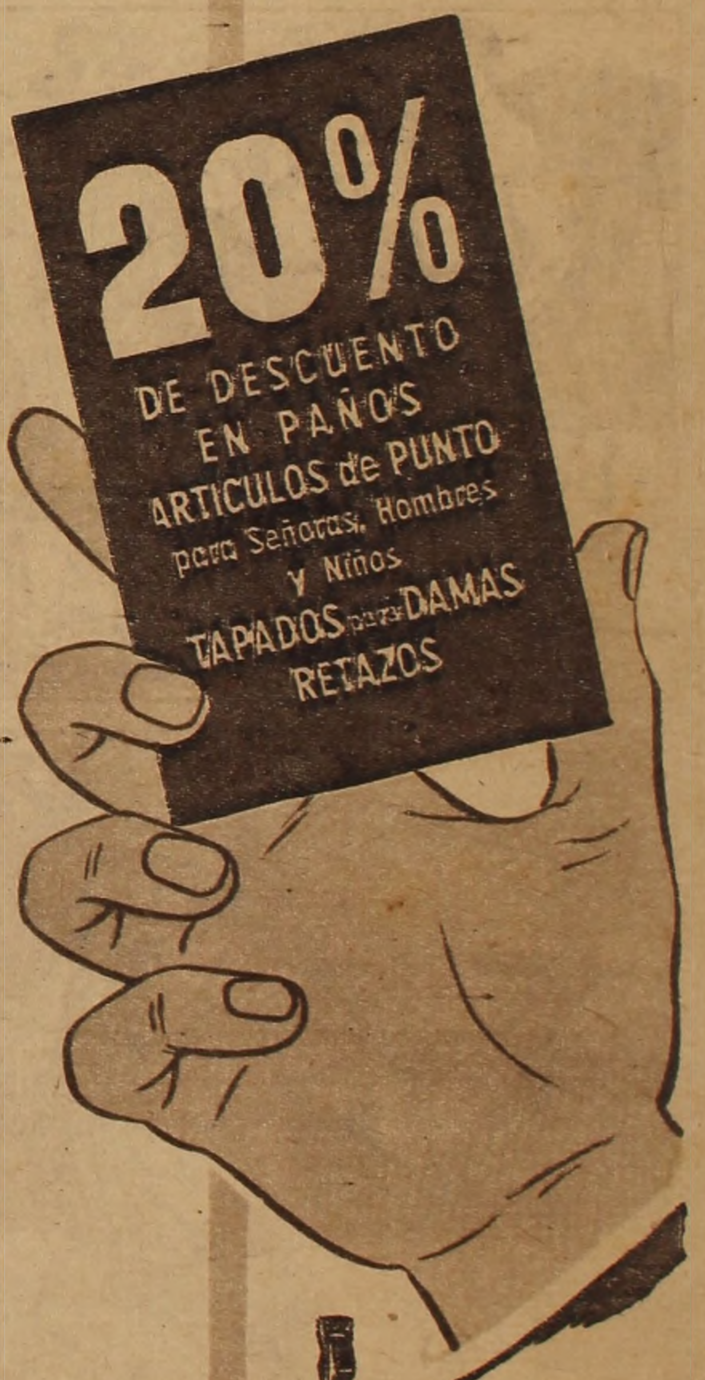
Manteles de nylon, variedad de gustos y colores. Medida 1.40 x 1.40 $ 3.50

Frazadas de pura lana doble faz y diseño jacquart para 2 plazas $ 25.00

Felpudos de coco importados de la India, gran surtido en todos los tamaños, lisos y fantasía. Medida 33 x 55 $ 6.50

Juego de mantel tipo lino procedencia Belga, saldo de color. Medida 1.40x1.40 con 6 servilletas, el juego $ 9.50





Escuche por CX 14 RADIO EL ESPECTADOR de Lunes a Viernes, de 16 a 16.30 nuestro Radioteatro "Concierto para una lágrima" una gran creación de Carlos Tolve.

AV. AGRACIADA 2302 — Esq. Marcelino Sosa
AV. GRAL. FLORES 2541 — Esq. Marcelino Berthelot
AV. 18 DE JULIO 1601 — Esq. Carlos Roxlo